FLAVIO JOSEFO

LA GUERRA DE LOS JUDÍOS

Libro III

LA CAMPAÑA DE GALILEA. DESDE LA LLEGADA DE VESPASIANO HASTA LA CAÍDA DE TARIQUEA

(66 - otoño del 67 d. C)

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JESÚS M.ª NIETO IBÁÑEZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 247

EX LIBRIS



ARMAUIRUMQUE

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN.

El apéndice final ha sido elaborado por ENRIQUE GONZÁLEZ ALONSO.

Depósito Legal: M. 42515-1997.

ISBN 84-249-1885-1. Obra completa.
ISBN 84-249-1886-X. Tomo I.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1997.

LIBRO III

NOTA TEXTUAL

Edición de Niese	Nuestro texto
18 (8-9) τῷ πολέμῳ	τῶν πολεμίων coni. Niese
60 (10) ἀτρεμοῦντα τάς τε πό-λεις	ἀτρεμοῦντάς τε κατὰ πόλεις coni. Niese
130 (9) ἔχει	ἔχοι *ALVRC*
356 (10) οὓς κατέφησεν	καὶ κατήφησαι *MVRC*
447 (5) Ἔνναβρις	Σεναβρὶς *MR*
450 (13) Τοῦφα	Σαπφία Schalit

SINOPSIS

LA CAMPAÑA DE GALILEA. DESDE LA LLEGADA DE VESPASIANO HASTA LA CAÍDA DE TARIQUEA (66 - otoño del 67 d. C.)

1. Nerón envía a Vespasiano para acabar con la revuelta.– 9. Los judíos atacan Ascalón.– 29. Vespasiano en Ptolemaida y Séforis.– 35. Galilea.– 44. Perea.– 48. Samaria.– 51. Judea.– 56. El reino de Agripa.– 59. La guarnición romana de Séforis ataca Galilea.– 64. Tito y Vespasiano unen sus tropas en Ptolemaida.– 70. *Excursus* sobre el ejército romano.– 110. Plácido ataca Jotapata.– 115. Vespasiano entra en Galilea. Retirada del ejército de Josefo.– 132. Toma de Gadara. Inquietud de Josefo.– 141. La ciudad de Jotapata es sitiada por las tropas de Vespasiano.– 289. Trajano y Tito se apoderan de Jafa.– 307. Matanza de samaritanos en el monte Garizim.– 316. Toma de Jotapata.– 340. Josefo se esconde en una cueva. Los romanos le descubren.– 361. Discurso de Josefo a sus compañeros.– 392. Josefo se entrega a los romanos.– 399. Josefo ante Vespasiano. Su profecía.– 409. Vespasiano en Cesarea Marítima y Escitópolis. Fin de los piratas judíos de Jope.– 432. Jerusalén ante la noticia de la caída de Jotapata.– 443. Vespasiano es recibido por el rey Agripa. Rebelión en Tariquea y Tiberíades.– 462. Tito ante la toma de Tariquea.– 506. El lago de Gennesar. El Jordán y sus fuentes.– 522. Combate naval en el lago de Gennesar. Final de los judíos de Tariquea.

Nerón envía a Vespasiano para acabar con la revuelta

Cuando Nerón se enteró del desastre 1
de Judea[1], se llenó por dentro, como era de esperar, de miedo y de terror, aunque públicamente se comportaba con arrogancia y parecía enfadado. Decía que estos he- 2
chos se debían más a la negligencia de los generales romanos que al valor de los enemigos, y creía que por la dignidad del Imperio él tenía que despreciar los males acaecidos y dar la apariencia de que su alma estaba por encima de todas las desgracias. Sin embargo, las preocupaciones evidencia- 3
ban la turbación de su espíritu, cuando él meditaba a quién debía encomendar el agitado Oriente. Esa persona tendría que castigar la revuelta de los judíos e impedir que este mal se extendiera también por los pueblos de alrededor que estaban ya contagiados por él[2]. Sólo encontró a Vespasiano[3] 4
adecuado para sus necesidades y capaz de hacerse cargo de una guerra de tal magnitud. Era un hombre que había estado en campañas militares desde su juventud, que, ya hace tiem-

---

[1] El emperador se hallaba en ese momento en Acaya, según se ha dicho en II 558.

[2] El temor al peligro que los partos suponían para Roma es uno de los ingredientes de esta obra de Josefo, como ya hemos expuesto en el apartado 5 de la Introdución.

[3] Sobre la carrera política y militar del futuro emperador Vespasiano, vid. TÁCITO, *Historias* II 5 ss., *Agrícola* 13 ss., y SUETONIO, *Vespasiano*.

po, había pacificado para Roma el Occidente, que se hallaba
revuelto por obra de los germanos, y que antes había con-
quistado con las armas Britania, hasta entonces desconoci-
5 da[4]. De esta forma, Vespasiano había hecho que Claudio, el
padre[5] de Nerón, obtuviera los honores de un triunfo sin
que le supusiera ningún esfuerzo.

6 Nerón estimó que estos hechos eran un buen presagio y
vio que Vespasiano era una persona madura y con experien-
cia[6], que sus hijos serían una gran prueba de su lealtad y
que su juventud los convertiría en la mano derecha de la in-
teligencia de su padre. Tal vez lo dispuso así Dios para fa-
7 cilitar el acceso de Vespasiano al Imperio[7]. En consecuen-
cia, envió a este hombre para que asumiera la jefatura de los
ejércitos de Siria, después de haberle hecho muchos halagos
y lisonjas, de acuerdo con lo que demandaba la urgente si-
8 tuación del momento. Desde Acaya[8], donde estaba con Ne-
rón, Vespasiano envió a su hijo Tito a Alejandría para recoger
la decimoquinta legión[9], mientras él atravesó el Helesponto
y llegó por tierra a Siria, donde reunió las tropas romanas y
numerosas fuerzas aliadas de los reyes vecinos.

---

[4] Cf. II 378.

[5] Padre adoptivo; cf. II 249.

[6] En este momento, 66 d. C., Vespasiano tenía cincuenta y siete años, pues había nacido el 9 d. C.

[7] Josefo va preparando el camino para justificar la profecía sobre el futuro mandato de Vespasiano, también como resultado de un plan divino; cf. III 399-408.

[8] En esta época, «Acaya» es la denominación de la provincia romana de Grecia; cf. nota a II 365.

[9] Se trata de la legión XV *Apollinaris* que se encontraba en Alejandría tras haber combatido a los partos; cf. TÁCITO, *Anales* XV 25-26.

Los judíos atacan Ascalón

Tras la derrota de Cestio[10], los judíos, 9
llenos de júbilo por su inesperada suerte,
eran incapaces de contener su ímpetu y,
como si la Fortuna les empujara a ello,
aumentaban la intensidad de la guerra.
Agruparon enseguida a todos los hombres más belicosos
que tenían y se dirigieron hacia Ascalón. Es una ciudad an- 10
tigua situada a quinientos veinte estadios[11] de Jerusalén,
que siempre ha sido odiada por los judíos[12]. Por ello les pa-
reció entonces que era el enclave más adecuado para sus
primeros ataques. Al frente de la expedición iban tres hom- 11
bres de reconocida fuerza e inteligencia, Níger el pereo, Silas
el babilonio y Juan el esenio[13]. Por su parte, Ascalón estaba 12
fuertemente amurallada, pero casi no tenía a nadie que la
defendiera, pues estaba protegida por una cohorte de infan-
tería y por un ala de caballería[14] a las órdenes de Antonio.
Los judíos, enardecidos, marcharon con más rapidez y 13
entraron a la ciudad enseguida, como si vinieran desde muy
cerca. Antonio, que no era ajeno a la inminente llegada de 14
esta gente, hizo salir antes a la caballería, sin temer el gran
número ni la audacia de los enemigos, resistió con fuerza
sus primeras embestidas y rechazó a los que se acercaban a
las murallas. Los judíos se hallaban en clara dificultad, pues 15

---

[10] La derrota de Cestio en el asedio a Jerusalén ha sido narrada en II 513-556.

[11] Es decir, casi noventa y cinco kilómetros.

[12] Este odio se había plasmado en la quema de la ciudad por parte de los judíos, según se ha narrado en II 460. *La embajada a Cayo* de FILÓN, 205, señala también esta animad versión hebrea hacia Ascalón. Sobre esta ciudad, véase la nota a I 185.

[13] Niger el pereo y Silas el babilonio han sido mencionados en II 520 y 566-568. Juan el esenio era general en el noroeste de Judea; cf. II 567.

[14] Se trata del cuerpo auxiliar de caballería que tenían las legiones romanas, formado por quinientos jinetes; cf. nota a II 67.

ellos, sin experiencia en la guerra, luchaban contra gente experta, infantería contra caballería, tropas desordenadas contra otras bien disciplinadas, personas armadas al azar contra legionarios totalmente equipados, hombres movidos más por el sentimiento de ira que por la cordura contra soldados bien dispuestos, que obedecían en todo las indicaciones de
16 sus jefes. Pues nada más quedar deshechas las primeras falanges por acción de la caballería, los hebreos huyeron, y al caer sobre los que detrás de ellos atacaban las murallas, se convertían en enemigos los unos de los otros, hasta que todos cedieron ante la presión de los jinetes y se dispersaron por toda la llanura, que era muy extensa e idónea para la ca-
17 ballería. Este hecho, que fue de una gran ayuda para los romanos, provocó una inmensa matanza entre los judíos: la caballería romana retrocedía y se volvía contra los que escapaban y así, al abrirse camino entre los que se amontonaban en la carrera, mataba a una gran cantidad de enemigos. Además, los jinetes, por grupos, rodeaban a los judíos por cualquier sitio por donde éstos huyeran, los envolvían con sus caballos y
18 los alcanzaban fácilmente con sus flechas. A los judíos les parecía que estaban solos, a pesar de su gran número, ya que su situación era desesperada mientras que los romanos, aunque eran pocos, creían que eran más que los enemigos por el éxito
19 que tenían en la batalla. Pero como los judíos soportaban la situación adversa por la vergüenza que suponía huir rápidamente y por la esperanza de un cambio de suerte, y como los romanos no se cansaban hasta conseguir su victoria, el combate duró hasta el atardecer, cuando ya habían perecido diez
20 mil judíos y dos de sus generales, Juan y Silas. Los demás, en su mayor parte heridos, se refugiaron en Caalis[15], una peque-

[15] Algunos manuscritos presentan la lectura *Sállis.* En cualquier caso esta localidad de Idumea, sea Salis o Caalis, no ha sido suficientemente identificada.

ña población de Idumea, junto con Niger, el único jefe que
les quedaba vivo. En cambio, en esta batalla sólo resultaron 21
heridos unos pocos romanos.

No obstante, a pesar de una derrota tan grande, los ju- 22
díos no calmaron sus ánimos, sino que más bien el sufri-
miento aumentó su audacia. Sin prestar atención a los cadá-
veres que estaban a sus pies se dejaron llevar a una segunda
matanza, en recuerdo de sus hazañas anteriores. No dejaron 23
pasar el tiempo suficiente para curarse sus heridas, sino que
reunieron todas sus tropas y se dirigieron de nuevo contra
Ascalón con más valor y con más gente que antes. Pero tu- 24
vieron la misma Fortuna que en el asalto anterior, junto con
su inexperiencia y con su situación de inferioridad en otros
aspectos de la guerra. Los judíos cayeron de improviso en 25
las emboscadas, que Antonio les había tendido en el cami-
no, y se vieron rodeados por la caballería antes de entablar
combate. En consecuencia, otra vez sucumbieron más de
ocho mil, mientras el resto huyó. Entre estos últimos se en-
contraba Níger, que había hecho muchas demostraciones de
audacia en la huída. Empujados por la presión de los ene-
migos llegaron a una torre fortificada de una aldea llamada
Belzedec[16]. Los hombres de Antonio, que no querían perder 26
el tiempo por una fortaleza, que era difícil de tomar, ni que-
rían dejar vivo al jefe y al más valiente de los enemigos,
prendieron fuego a la muralla. Cuando ardió la torre, los 27
romanos se retiraron contentos porque pensaban que Níger
también había perecido. Sin embargo, éste saltó desde la to-
rre a la cueva más recóndita de la fortaleza y se salvó. Des-
pués de tres días, cuando sus hombres le buscaban entre
llantos para enterrarle, Niger les llamó. Tras salir de su es- 28
condite, hizo que todos los judíos se llenaran de una alegría

[16] Aldea desconocida.

inesperada, pues tenían el convencimiento de que la Providencia divina le había salvado para que fuera su general en los combates venideros[17].

Vespasiano en Ptolemaida y Séforis

29 Vespasiano, después de reunir sus tropas, se trasladó a Ptolemaida desde Antioquía, que es la capital de Siria y que es la tercera ciudad más importante del mundo sometido a los romanos[18] por su magnitud y por su prosperidad. En Antioquía se encontró con el rey Agripa, que salió a recibirle con todas sus tropas perso-
30 nales. Cuando llegó a Ptolemaida, vinieron a su encuentro los habitantes de la ciudad de Séforis, en Galilea, los únicos
31 que todavía se mantenían en paz en esta región[19]. Estos últimos, sin olvidarse de su propia seguridad y de la fuerza de los romanos, antes de la llegada de Vespasiano, prometieron fidelidad a Cesenio Galo[20], que les concedió protección y
32 dejó en la ciudad una guarnición. Entonces recibieron con afecto al general y le prometieron vivamente ser sus aliados
33 en contra de sus propios compatriotas. Vespasiano, a petición de los habitantes de Séforis, les entregó para su seguridad todos los soldados de caballería y de infantería que él creía necesarios para hacer frente a los judíos, en caso de
34 que éstos se alzaran. Pensaba que la pérdida de Séforis supondría un importante riesgo para la inminente guerra, ya

[17] En efecto, Níger seguirá en esta guerra contra Roma hasta que los Zelotes acaben con él en el asedio de Jerusalén; cf. IV 359-362.

[18] Los dos primeros puestos los ocupaban Roma y Alejandría respectivamente.

[19] En II 510 se ha dicho que los habitantes de Séforis estaban dispuestos a ir a la guerra.

[20] Cesenio Galo era el comandante de la legión XII; cf. II 510-513.

que era la ciudad más importante de Galilea[21], una fortaleza construida en un lugar muy seguro que sería un enclave de protección para toda la región.

Galilea

Hay dos Galileas, la llamada Galilea 35
Superior y la Inferior. Ambas están ro-
deadas por Fenicia y Siria. Limitan por
occidente con los territorios de Ptolemai-
da y del Carmelo, monte que antes era de
los galileos y ahora lo es de los tirios. Junto al Carmelo está 36
Gaba, la ciudad de los Caballeros, llamada así porque viven
en ella los soldados de caballería licenciados por el rey He-
rodes. Limitan al sur con Samaria y Escitópolis hasta las 37
aguas del Jordán. Al oriente hacen frontera con Hipo, Gada-
ra y la Gaulanítide, donde también se encuentran los límites
del rey Agripa. Al norte está Tiro y el territorio de los ti- 38
rios[22]. La llamada Galilea Inferior llega en longitud desde
Tiberíades hasta Cabul, que en la parte costera está próxima
a Ptolemaida. De ancho[23] se extiende desde la aldea llama- 39
da Xalot[24], en la Gran Llanura, hasta Bersabé. Este es el
comienzo de la Galilea Superior, cuya anchura abarca hasta
la aldea de Baca[25], que hace frontera con el territorio de los

---

[21] En *Autobiografía* 3-38 se dirá que Séforis se había convertido en la capital de Galilea por su sumisión a los romanos, mientras que, en realidad, la ciudad más importante de esta región era Tiberíades.

[22] El dominio de Tiro se extendía hasta el alto Jordán, es decir, hasta la alta Galilea.

[23] Josefo, como es habitual entre los autores antiguos, da la longitud de la región de este a oeste, y la anchura de sur a norte.

[24] Localidad situada en la Gran Llanura de Esdrelón, en la frontera de Galilea, que también se cita en *Autobiografía* 227. Algunos manuscritos ofrecen la lectura *Exalòth*. Sobre la Gran Llanura de Esdrelón, vid. nota a II 188.

[25] En el extremo noroccidental de la Baja Galilea.

40 tirios. La longitud de la Galilea Superior se prolonga desde Tela[26], una aldea cercana al Jordán, hasta Merot.

41 Las dos Galileas, a pesar de tener una extensión tan grande y de estar rodeadas por pueblos extranjeros, han resistido
42 siempre a todo intento de guerra. En efecto, los galileos están acostumbrados a luchar desde niños y en todo momento han tenido una población numerosa. Los hombres nunca han sido cobardes ni le ha faltado gente al país, pues es totalmente fértil, tiene abundantes pastos y está lleno de árboles de todo tipo, de forma que incluso una persona a quien no le gustara la agricultura se sentiría atraído por estas ventajas.
43 Toda la región está dedicada al cultivo, y no hay ninguna parte de su suelo que esté sin aprovechar. Pero, además, hay muchas ciudades y la mayoría de las aldeas están muy pobladas en todos los lugares a causa de la fertilidad de la tierra, hasta el punto de que la más pequeña de ellas tiene más de quince mil habitantes[27].

Perea

44 En líneas generales, aunque en extensión Perea es más grande que Galilea, sin embargo es inferior en recursos. Pues mientras Galilea está toda ella cultivada y es muy fértil, Perea, en cambio, aunque es más grande, es en su mayor parte un desierto, es una región áspera y demasiado agreste para producir frutos de cultivo.

[26] En la frontera norte de Galilea, en la orilla suroeste del lago Semeconitis, identificada con la aldea árabe de El-Teleil; cf. Abel, *Géographie...*, II, pág. 481.

[27] Estas cifras no pueden ser exactas. En *Autobiografía* 230-235 se dice que en Galilea había unas doscientas cuatro aldeas, que a un mínimo de quince mil habitantes cada una daría una cifra de más de tres millones. Sobre la población de Palestina en esta época, vid. J. Beloch, *Die Bevölkerung...*, pág. 246, donde se apunta que los pobladores de esta Galilea llegarían a unos cuatrocientos mil.

No obstante, hay también zonas que son cultivables y muy 45
productivas; sus llanuras están llenas de árboles de diversos
tipos, en especial, se cultiva el olivo, la vid y la palmera.
Perea está, asimismo, regada por torrentes, que bajan desde
las montañas, y por fuentes de las que fluye constantemente
el agua suficiente, incluso cuando aquéllos se secan en el
verano. Su longitud abarca desde Maqueronte hasta Pella, y 46
su anchura de Filadelfia al Jordán[28]. Con Pela, ciudad de la 47
que hemos hablado antes, limita al norte, a occidente con el
Jordán, al sur están las fronteras de Moab y al oriente Arabia y Hesbonítide[29], además de Filadelfia y Gerasa.

Samaria

El territorio de Samaria se halla entre 48
Galilea y Judea. Empieza en la llanura, en
la aldea llamada Ginea[30], y acaba en la
toparquía de Acrabatene. Su naturaleza no
difiere en nada de la de Judea. Las dos 49
son zonas montañosas y, a la vez, llanas, tienen tierras apropiadas para la agricultura, son muy fértiles, poseen muchos árboles y están llenas de frutos silvestres y de cultivo. Prácticamente en todos los lugares sus tierras son secas por naturaleza, si bien reciben abundantes lluvias. No obstante, todo 50
el agua que hay en sus fuentes es muy dulce, y debido a la

[28] En los límites de Perea se incluye Maqueronte (sobre esta fortaleza, en la frontera de Arabia, vid. nota a I 161), pero se excluyen Pela y Filadelfia, que pertenecían a la Decápolis. De esta forma su territorio es inferior al de Galilea, lo que contradice lo expresado por Josefo en III 44.

[29] Moab es la denominación geográfica de la meseta de Transjordania, entre el mar Muerto y el desierto de Arabia. Hesbonítide es el territorio de la Hesbón del *Antiguo Testamento*; cf. II 458 y *Antigüedades* XII 233, XV 294.

[30] Seguramente se trata de la aldea de Gema, citada en II 232; cf. la nota correspondiente.

gran cantidad de rico pasto los ganados producen más leche que en otras regiones. La prueba más importante de la prosperidad y de la abundancia de estas regiones es el hecho de que ambas están muy pobladas de gente.

Judea

51 Entre Samaria y Judea está situada la aldea llamada Anuat Borceos[31]. Esta población es el límite de Judea al norte, al sur, si tenemos en cuenta su longitud, hace frontera con una aldea próxima a los términos de Arabia, que los judíos de la zona la denominan Jardán[32]. En anchura[33] Judea se extiende desde el río Jordán
52 hasta Jope. En el centro exacto de la región está la ciudad de Jerusalén, por lo que algunos la llaman con razón el ombli-
53 go del país[34]. Además, Judea cuenta con las ventajas del
54 mar, pues se extiende en la costa hasta Ptolemaida[35]. Está dividida en once distritos[36] y al frente de ellos está la real ciu-

[31] Es la actual Ain-Berqit, situada a diecinueve kilómetros al sur de Nabulus, en la ruta de Jerusalén; cf. Abel, *Géographie...*, II, pág. 244.

[32] Seguramente se trate de la actual Tel-Arad, a treinta kilómetros al sur de Hebrón.

[33] En el caso de esta región la longitud y la anchura se dan en sentido inverso al señalado en II 38-39, al hablar de los límites de Galilea.

[34] Esta expresión es bastante frecuente en los autores judíos y cristianos. En *Ezequiel* 38, 12, se llegará a decir incluso que Jerusalén es el «ombligo del mundo». No obstante, esta ciudad no es el centro exacto de Judea, sino que está un poco al nordeste.

[35] Judea no tenía costa, ya que entre ella y Ptolemaida estaba Samaria y parte de Galilea y del territorio fenicio. Sin embargo, esta expresión, que en principio es incomprensible, puede entenderse en sentido geológico, más que geográfico, pues las montañas de Judea acaban en el monte Carmelo, al sur de Ptolemaida.

[36] Distritos o toparquías es el término utilizado para designar a las unidades administrativas en que se dividía el territorio judío. Plinio, *Historia natural* V, 14, 70, da una lista de las toparquías judías que no coinci-

dad de Jerusalén, que domina a toda la región, igual que ha-
ce la cabeza con el cuerpo. Las demás poblaciones están re-
partidas en toparquías. Después de Jerusalén está Gofna, 55
luego Acrabata[37], Tamna, Lida, Emaús, Pella, Idumea, En-
gadi[38], Herodio y Jericó.

El reino de Agripa

A continuación[39] se hallan Jamnia y 56
Jope, que dominan las comarcas de alrede-
dor, luego la región de Gamala, la Gaula-
nítide, Batanea y Traconítide, que forman
parte del reino de Agripa. El territorio de 57
Agripa empieza en los límites del Líbano y en las fuentes del
Jordán y llega al lago Tiberíades[40], en anchura, mientras que
en longitud[41] abarca desde la aldea llamada Arfa hasta Ju-
lia[42]. En este reino hay una mezcla de población judía y siria[43].

---

de totalmente con ésta: omite Idumea y Engadi, incluye Jope y sustituye Pela por Betletefa.

[37] Es la toparquía de Acrabatene, de la que se ha hablado en III 48; cf. también nota a II 235.

[38] A orillas del Mar Muerto, identificado con Tell el-Jurn, a 28 Km al este de Hebrón; cf. ABEL, *Géographie...*, II, págs. 316 ss.

[39] Josefo añade poblaciones que tenían una población judía importante, aunque en realidad no eran toparquías. Jamnia y Jope eran dos ciudades marítimas que tenían una administración propia (cf. II 67 y 97), y el resto era el territorio de Agripa en el norte.

[40] Conocido también con el nombre de lago de Gennesar, en cuya orilla está enclavada la ciudad de Tiberíades.

[41] Sobre la «anchura» y la «longitud», cf. nota a III 39.

[42] Arfa, al este de Traconítide, está sin identificar. Julia es la bíblica Bet-Saida, al norte del mar de Galilea; cf. nota a II 168.

[43] Sobre los límites del reino de Agripa, incrementados por Nerón y Vespasiano, puede consultarse el trabajo de TH. FRANKFORT, «Le royaume d'Agrippa II et son anexion par Domitien», en *Hommage à Albert Grenier*, Bruselas, 1962, págs. 659-672.

58 Con la mayor brevedad posible hemos descrito Judea y sus alrededores.

La guarnición romana de Séforis ataca Galilea[44]

59 Las tropas de ayuda que Vespasiano había enviado a Séforis, mil jinetes y seis mil soldados de infantería a las órdenes del tribuno Plácido, después de acampar en la Gran Llanura[45], se separaron. La infantería se estableció en la ciudad para proporcionarle protección, mientras que la caballería se quedó en el campo.
60 Las dos unidades hacían frecuentes salidas y recorrían las zonas de alrededor para causar daños importantes a los hombres de Josefo. Cuando éstos permanecían sin moverse dentro de las ciudades, los romanos saqueaban las zonas exteriores y, cuando se atrevían a salir fuera, los empujaban de
61 nuevo hacia dentro. Josefo fue contra Séforis[46] con la esperanza de apoderarse de ella, pues él mismo, antes de que ésta se separase de los galileos, la había rodeado de murallas para que ni siquiera los romanos pudieran tomarla[47]. Por ello fracasó en sus esperanzas, pues se vio incapaz de forzar o de convencer a los habitantes de Séforis para que se en-
62 tregaran. Sin embargo, esto no hizo más que intensificar la guerra en el país. Los romanos, indignados por este ataque, ni de noche ni de día dejaban de devastar los campos, de hacer pillaje con sus bienes, de matar a los que eran aptos para llevar armas y de esclavizar a los hombres que no ser-
63 vían para ello. Toda Galilea se llenó de fuego y de sangre, y

---

[44] Después de esta digresión geográfica, Josefo continúa la narración de III 33.

[45] Es decir, Gran Llanura de Esdrelón; cf. nota a II 188.

[46] En *Autobiografía* 395 ss. se narra un ataque a esta ciudad, si bien se sitúa antes de la llegada de Vespasiano.

[47] Cf. II 574.

no hubo miseria ni calamidad que no padeciera. Las ciudades amuralladas por Josefo eran el único refugio para la gente que huía.

Tito y Vespasiano unen sus tropas en Ptolemaida

Por su parte, Tito, cuando pasó de 64
Acaya a Alejandría[48] con una rapidez mayor de la que es normal en el invierno, asumió el mando de las tropas, para lo que él había sido enviado allí, y enseguida, a marchas forzadas, llegó a Ptolemaida. En esta ciudad 65
se encontró a su padre con dos legiones, la quinta y la décima, que eran las más famosas, y a ellas añadió la legión decimoquinta que él traía[49]. Detrás iban dieciocho cohor- 66
tes[50]. De Cesarea llegaron también otras cinco cohortes y un ala de caballería, y de Siria otras cinco alas de caballería. Diez de las cohortes tenían mil soldados de infantería cada 67
una de ellas, mientras que las otras trece contaban, cada una, con seiscientos infantes y ciento veinte jinetes. Se reunió 68
también un importante número de tropas auxiliares de los reyes Antíoco, Agripa y Soemo[51], que enviaron cada uno de ellos dos mil soldados de infantería con arcos y mil jinetes; Malco de Arabia[52] mandó mil jinetes, además de cinco mil infantes, que en su mayor parte eran arqueros. Por consi- 69
guiente, todo el ejército, contando las fuerzas de los reyes, ascendía a sesenta mil soldados, tanto de infantería como de

---

48 De este viaje se ha hablado en III 8.

49 Son las legiones V *Macedonica*, X *Fretensis* y XV *Apollinaris;* cf. TÁCITO, *Historias* V, 1.

50 Una cohorte es la décima parte de una legión y se compone de unos seiscientos soldados.

51 Antíoco es Antíoco IV, rey de Comagene; cf. II 500. Soemo, el rey de Emesa; cf. II 501.

52 Malco II, rey nabateo del 40 al 70 d. C.

caballería, sin incluir aquí a los numerosos criados que les acompañaban[53]. Estos últimos, debido a su experiencia en asuntos militares, podrían ser contados también entre los combatientes, pues en la paz siempre están al lado de sus señores en sus prácticas militares, y participan también con ellos en los peligros de la guerra, de modo que, salvo en el caso de sus amos, estos siervos tienen más experiencia y más fuerza que nadie[54].

Excursus sobre el ejército romano[55]

70 En este aspecto hay que admirarse de
la previsión de los romanos, que forman a
sus esclavos para servirse de ellos no sólo
en las tareas de la vida diaria, sino tam-
71 bién en la guerra. Si además tenemos en
cuenta el resto de su disciplina militar, veremos que son due-
ños de un Imperio tan grande como resultado de su propio
esfuerzo, no como si ello fuera un regalo de la Fortuna[56].
72 Pues no empiezan a hacer uso de las armas sólo cuando hay
guerra, ni mueven sus manos, que han estado sin hacer nada
en tiempo de paz, únicamente cuando tienen necesidad de

---

[53] La cifra no es exagerada, si sumamos las unidades auxiliares de sirios y de árabes a las fuerzas romanas mencionadas: cada legión estaba formada por seis mil ciento veinte hombres, un ala de caballería tenía entre quinientos y mil jinetes y una cohorte unos seiscientos soldados.

[54] Estos siervos son los *caloni* de las fuentes romanas, esclavos personales de los soldados que acompañaban a sus señores en las campañas militares; cf. Tito Livio, IX 37, XXVII 18 y Tácito, *Historias* II 87.

[55] Esta digresión sobre el ejército romano muestra un gran parecido con la que incluye Polibio, VI 19-42, en su narración de las Guerras Púnicas, que es el documento clásico y más completo de que disponemos sobre este tema.

[56] Esta frase parece contradecir lo fundamental de la teología flaviana, que hace depender la suerte de esta guerra del capricho de la Fortuna, es decir, de Dios, como artífice de un plan divino en el sentido conocido del teocratismo hebreo, según veremos, por ejemplo, en III 354.

ello, sino que, como si hubieran nacido dotados de armas,
no dan tregua a sus ejercicios ni esperan el momento propi-
cio para practicar. Sus actividades no se diferencian en nada 73
de una lucha auténtica, ya que todos los días cada uno de
los soldados romanos se entrena con todas sus fuerzas, co-
mo si estuviera en guerra. Por ello resisten la lucha con tan- 74
ta facilidad. En efecto, ni el desorden les aparta de su acos-
tumbrada disciplina, ni el miedo les altera, ni les domina la
fatiga; en consecuencia siempre vencen con firmeza sobre
los enemigos, que no están tan adiestrados como ellos. No 75
nos equivocaríamos si dijéramos que sus ejercicios son com-
bates sin sangre y que sus combates son ejercicios sangrien-
tos. Ni los enemigos pueden sorprenderlos fácilmente con 76
un ataque imprevisto, ya que, cuando ponen pie en territorio
hostil, no entran en combate antes de fortificar su campa-
mento[57]. Los romanos no levantan su campamento a la lige- 77
ra ni en un terreno desigual, ni se dedican todos los hombres a
su construcción, ni lo hacen desordenadamente. Cuando en-
cuentran un lugar desigual, lo allanan y señalan un espacio
cuadrado para levantar el campamento[58]. Los soldados van 78
acompañados de una gran cantidad de obreros y de herra-
mientas para esta obra[59].

---

[57] La importancia del campamento en la organización militar romana aparece reseñada en la narración de varios autores, como es el caso de Tito Livio, XLIV 39.

[58] Una descripción bastante pormenorizada del campamento romano, que en parte muestra algunas coincidencias con ésta, la podemos encontrar en Polibio, VI 27 ss., cf. P. Fraccaro, «Polibio e l'accampamento romano», *Athenaeum* (1934), 154-161.

[59] Más adelante, en III 117 y 468, se mencionará a estos hombres especializados en esta actividad y que, según Vegecio, II 11, eran bastante numerosos. En notas sucesivas se aludirá al *Epítome militar* de Vegecio, que aunque escriba en época del emperador Teodosio, ya a finales del si-

79 El espacio interior lo distribuyen para las tiendas, mientras que, fuera, el recinto presenta el aspecto de una muralla y está provisto de torres colocadas a la misma distancia las
80 unas de las otras. Entre las torres ponen las oxibelas, las catapultas, las balistas y las máquinas que sirven para arrojar
81 objetos, todas ellas preparadas para disparar[60]. Se levantan cuatro puertas, una en cada lado del recinto, que facilitan la entrada de las bestias de carga y son amplias para que
82 salgan las tropas, en caso necesario. En su interior el campamento está dividido en calles bien dispuestas: en medio están las tiendas de los oficiales y en su parte central se halla el
83 pretorio[61], de un modo similar al de un templo. De esta manera parece una ciudad[62] surgida de repente, con su mercado, con sus zonas para los artesanos y con los lugares desde donde los centuriones y los tribunos[63] administran justicia, en ca-
84 so de que surja alguna rivalidad entre ellos. El recinto amurallado y todo lo que hay dentro se construye antes de que dé tiempo a pensarlo, ya que es grande el número y el conocimiento de las personas que trabajan en ello. En caso de ser necesario, hacen un foso, por fuera, alrededor del campamento con una profundidad y una anchura de cuatro codos.

---

glo IV, sin embargo supone una importante recopilación de materiales tomados de épocas anteriores.

[60] Sobre las oxibelas, cf. nota a II 553. Las balistas eran, en griego, *lithobóla* o *petrobóla*, «lanzadoras de piedras», aunque también arrojaba objetos de materiales contundentes, como podía ser el plomo. Sobre este tipo de maquinaria, vid. MARSDEN, *Greek and Roman...*

[61] Es decir, la tienda del general, del jefe.

[62] Con palabras similares se expresa POLIBIO, VI 31, al describir también el campamento romano.

[63] Es muy posible que el término griego *taxíarchoi* no designe a unos simples tribunos, sino a oficiales de rango superior, según leemos un poco más adelante en III 87.

Una vez que se han protegido de esta forma, acampan 85 por compañías, en silencio y en orden. Todas las demás actividades también son llevadas a cabo por ellos con disciplina y seguridad: cada uno recoge, por grupos, la leña, los víveres y el agua, si les hace falta. Pues ni la comida ni la cena 86 pueden hacerla individualmente cuando quieran, sino que todos comen juntos. Las trompetas anuncian la hora de dormir, la de hacer guardia y la de levantarse; no hay nada que no se haga sin que se dé la orden. Al amanecer cada uno de 87 los soldados acude a saludar a sus centuriones, y éstos a sus tribunos, y con ellos van todos los oficiales ante el general en jefe. Este último, como es habitual, les da la contraseña y 88 las demás órdenes para que las hagan llegar a sus subordinados. Esto también lo observan en la lucha: se dan la vuelta rápidamente hacia el lugar donde se precise, y actúan agrupados tanto en sus ataques como en sus retiradas.

Cuando hay que abandonar el campamento, la trompeta 89 da la señal: nadie se queda sin hacer nada, sino que, nada más recibir la orden, levantan las tiendas y disponen todo para la salida. Las trompetas vuelven a sonar para anunciar 90 que hay que prepararse. Colocan enseguida el bagaje sobre los mulos y las bestias de carga, y los soldados permanecen de pie junto a ellos, como si estuvieran dispuestos a salir corriendo desde la línea de partida de una carrera. Luego queman el campamento, pues para ellos es fácil volverlo a levantar en el mismo lugar y así evitan que los enemigos puedan aprovecharse de él alguna vez. Por tercera vez el 91 sonido de las trompetas indica que hay que partir[64], de esta forma meten prisa a los que por cualquier motivo se han retrasado, para que nadie quede fuera de su sitio. El heraldo, 92

[64] Polibio, VI 40, también menciona estos tres toques de trompeta: el primero para levantar las tiendas y preparar el bagaje, el segundo para cargar las bestias y el tercero ya para ponerse en marcha.

que está a la derecha del general, les pregunta tres veces en la lengua de su patria[65] si están preparados para luchar. Los soldados responden también tres veces a grandes gritos y con coraje que están dispuestos a ello. Incluso se adelantan a la pregunta del heraldo y, llenos de un espíritu guerrero, levantan su brazo derecho a la vez que gritan.

93 Después todos se ponen en camino y marchan en silencio y en orden, cada uno ocupa su propio lugar como si estuviera en el combate. Los soldados de infantería llevan coraza,
94 casco y una espada a cada lado. La espada de la izquierda es mucho más larga, mientras que la de la derecha no mide
95 más de un palmo[66]. Los infantes escogidos, que forman la guardia del general, llevan una lanza y un escudo, y el resto de la falange porta una jabalina y un escudo alargado[67], además de una sierra, una cesta, una piqueta, un hacha, una correa, una hoz, una cadena y provisiones para tres días. Así, la infantería va casi tan cargada como los mulos. Por su
96 parte, la caballería tiene una espada larga en su parte derecha, una oblonga jabalina en la mano, un escudo alargado atravesado al costado del caballo y en una carcasa lleva colgados tres o más venablos, con puntas anchas y casi tan grandes como las lanzas. Sus cascos y corazas son iguales a
97 los de todos los soldados de infantería. Los jinetes escogidos, que forman la guardia del general, portan las mismas

---

[65] Obviamente, en latín.

[66] La espada más larga era el *gladius* y la más corta el *pugio* o puñal, que medía unos veinticinco centímetros. Polibio, VI 23, sitúa la espada larga a la derecha, como es lo habitual en las estatuas romanas, y no menciona ninguna espada corta.

[67] La lanza es el *hasta* latina. Los escudos son el escudo redondo *(parma)* y el alargado *(scutum)*. La jabaina es el *pilum*.

armas que la caballería que va en las alas. Siempre se decide a sorteo la legión que ha de ir a la cabeza de la expedición[68].

Así es como los romanos hacen sus marchas y levantan 98 sus campamentos, y estas son sus diferentes armas. En los combates no se hace nada sin debatirlo antes, ni se improvisa nada, sino que la reflexión va siempre por delante de toda acción y realizan lo que han decidido. Por ello, rara vez se 99 equivocan y, en caso de que esto ocurra, fácilmente remedian sus errores. Creen que es mejor equivocarse, después 100 de haber tomado una decisión, que tener éxito gracias a la suerte, pues los bienes que surgen por casualidad llevan a la imprevisión, mientras que la reflexión, aunque alguna vez dé mal resultado, supone una buena lección para no volver a caer en el error. Además, la persona que disfruta de los 101 éxitos que suceden al azar no es autora de ello, mientras que las desgracias que tienen lugar contra todo lo previsto suponen, al menos, el consuelo de haber decidido correctamente.

En sus ejercicios militares no sólo fortalecen sus cuer- 102 pos, sino también sus almas, y, además, se adiestran también con el miedo. En efecto, sus leyes castigan con la pena 103 de muerte no sólo la deserción, sino también cualquier pequeña desidia. Los generales son más terribles que las leyes, pues a pesar de los honores que dan a los valientes no dejan de parecer crueles con los soldados que castigan. La obe- 104 diencia de los romanos hacia sus generales es tan grande que todo el ejército es en la paz una institución bien ordenada y en la guerra forma un solo cuerpo. De esta manera 105 tan compacta están organizadas sus filas, así de ligeros son sus movimientos, tan atentos están sus oídos a las órdenes,

---

[68] En el relato de POLIBIO, VI 40, no se echaba a suertes, sino que existía un turno para ir en la cabeza de la marcha.

tan abiertos sus ojos a las señales y tan dispuestas sus ma-
106 nos para entrar en acción. Por ello actúan con rápidez y tardan en caer. Cuando luchan con este orden, no hay lugar donde hayan sido vencidos por el número de los enemigos, por las estratagemas de guerra o por las dificultades del terreno, ni tampoco por la Fortuna, pues para ellos es más se-
107 gura la victoria que la suerte. ¿Qué tiene de extraño, entonces, que un pueblo, donde la reflexión precede a la acción y donde el ejército cumple los planes con tanta eficacia, tenga como límites de su Imperio el Éufrates al oriente, el Océano a occidente, al sur las zonas más fértiles de Libia[69] y al norte el Istro[70] y el Rin? No obstante, podríamos decir, sin temor a equivocarnos, que este Imperio es inferior a los propios romanos, sus dueños[71].

108 Me he extendido en esta descripción no para hacer un elogio de los romanos, sino, más bien, para consolar a los vencidos y hacer cambiar de idea a los que pretendan suble-
109 varse[72]. Además, la organización del ejército romano podría ser de interés para las personas cultas que no lo conozcan. Ahora retomo el relato que dejé cuando empecé esta digresión.

[69] Es decir, África; cf. II 115.

[70] El Danubio.

[71] Estas ideas expuestas en este *excursus* por Josefo muestran una similitud con las palabras del discurso del rey Agripa II del libro II, 345-407, para convencer a los judíos de lo inútil de su revuelta contra Roma.

[72] Éste es el verdadero objeto de la digresión sobre el ejército romano: disuadir a los judíos, en especial a los que habitan Babilonia, de futuras sublevaciones contra el poder de Roma, así como a los partos, según se ha expuesto ya en el discurso del rey Agripa, II 388-390; cf.el apartado 5 de la Introducción.

Plácido ataca Jotapata[73]

Vespasiano se quedó con su hijo Tito 110
en Ptolemaida hasta que organizó sus tro-
pas. Mientras, Plácido recorría Galilea y
hacía una gran matanza entre los prisione-
ros que cogía, ya que éstos eran los gali-
leos más débiles y los que más abatidos estaban por la huida.
Al ver Plácido que los soldados se refugiaban en las ciuda- 111
des fortificadas por Josefo, se dirigió contra Jotapata, el en-
clave mejor defendido de todos, pues creía que se apoderaría
de ella con facilidad al primer asalto, y que así se granjearía
una importante fama entre sus jefes y a éstos les sería de
gran ayuda para futuras operaciones. Pensaba que, si caía
esta ciudad, la mejor fortificada de todas, las demás se ren-
dirían atemorizadas. Pero erró en su esperanza, pues los ha- 112
bitantes de Jotapata, que se habían enterado de su llegada,
salieron a esperarle delante de la ciudad y se lanzaron de im-
proviso contra los romanos. Los judíos, que eran muchos y
que estaban preparados para la guerra y llenos de valor porque
iban a luchar en defensa de su patria, que corría peligro, y de
sus mujeres e hijos, en poco tiempo les hicieron huir. Hirie- 113
ron a muchos romanos, pero mataron sólo a siete, ya que se
retiraron en orden y, al tener sus cuerpos totalmente protegi-
dos, recibieron únicamente heridas superficiales, mientras
que los judíos, que iban armados a la ligera, tiraban desde
lejos en lugar de atreverse a enfrentarse cuerpo a cuerpo con
soldados bien armados. Cayeron también tres hombres ju- 114
díos y unos pocos fueron heridos. Plácido, cuando se vio sin
fuerzas para asaltar la ciudad, huyó de allí.

---

[73] Tras esta digresión Josefo vuelve a la narración de los hechos de Ptolemaida (III 64) y del tribuno Plácido (III 59).

Vespasiano entra en Galilea. Retirada del ejército de Josefo

115 Vespasiano, que pretendía él mismo
invadir Galilea, organizó su ejército para
que marchara según la costumbre romana
116 y partió de Ptolemaida. Mandó que fueran
delante las tropas auxiliares, armadas a la
ligera, y los arqueros para hacer frente a
los ataques repentinos de los enemigos y para que rastrea-
sen los bosques que hicieran sospechar que allí se podían pre-
parar emboscadas. Detrás iba un destacamento de infantería y
117 de caballería romanas con armamento pesado. A continua-
ción marchaban diez hombres de cada una de las centurias
con su propio equipamiento y con los instrumentos necesa-
118 rios para medir el trazado del campamento[74]. Les seguían
los zapadores para enderezar los caminos sinuosos, allanar los
pasos difíciles y talar previamente los árboles que impidie-
ran el acceso, de modo que el ejército no tuviera que sopor-
119 tar una marcha difícil. Luego Vespasiano ordenó que fueran
sus bagajes y los de sus oficiales y un numeroso grupo de
120 jinetes para que les dieran protección. Detrás cabalgaba el
propio Vespasiano con un destacamento de soldados esco-
gidos de infantería, de caballería y de lanceros. A continua-
ción iba la caballería propia de la legión, pues cada una de
121 éstas tiene ciento veinte jinetes[75]. Les seguían las mulas con
122 las helépolis[76] y con las demás máquinas de guerra. A con-

[74] Estos «constructores del campamento» formaban parte de esos operarios que acompañaban a las legiones romanas y de los que se ha hablado en nota a III 78 a propósito del texto de Vegecio, II 11.

[75] Sobre las diferentes unidades de caballería, vid. nota a II 67.

[76] Estas máquinas han sido descritas ya en II 553. Propiamente la helépoli designa una torre de asedio, por lo cual en este contexto habrá que pensar en que las mulas de carga llevaban las piezas desmontadas de estas máquinas o que Josefo se refiere aquí, en sentido amplio, al ariete o a las catapultas que se colocaban en esta torre de asalto, cuya anchura podía alcanzar hasta 22 metros y la altura 45 (cf. Diodoro de Sicilia (XX 48).

tinuación marchaban los legados de las legiones, los prefectos de las cohortes y los tribunos junto con sus soldados escogidos. Después iban las enseñas, donde se contiene el 123 águila, que va al frente de toda legión romana, ya que el águila es la reina y la más fuerte de todas las aves. Para ellos esto simboliza su poder y es un presagio de que vencerán allí donde vayan. A estos estandartes sagrados les siguen las trom- 124 petas y, detrás, la falange con sus efectivos distribuidos en filas de seis. Luego venía un centurión[77] que, como es habitual, vigilaba el buen orden de la marcha. A la infantería le 125 seguía toda la servidumbre de cada legión, que llevaba los bagajes de los soldados en mulos y en otros animales de carga. Al final de todas las legiones iba la multitud de mer- 126 cenarios, que estaba protegida en la retaguardia por infantes, por soldados de armamento pesado y por un gran número de jinetes.

De esta forma llegó Vespasiano con sus tropas a las fron- 127 teras de Galilea, donde acampó y contuvo a sus soldados que estaban deseosos de entrar en combate. Ponía su ejército a la vista de los enemigos para infundirles miedo y para darles la oportunidad de rendirse, en el caso de que antes de luchar reconsideraran su decisión. No obstante, al mismo tiempo se preparaba para asediar las fortalezas. Sólo con ver al 128 general muchos se arrepintieron de haberse sublevado, y todos se llenaron de espanto. Las tropas de Josefo, que esta- 129 ban acampadas cerca de Séforis, junto a una ciudad llamada Garis[78], cuando se enteraron de que la guerra estaba próxima y de que ya casi los romanos estaban encima de ellos, huyeron y se dispersaron no sólo antes de entablar combate, sino incluso antes de ver al enemigo. Josefo se quedó solo 130

---

[77] Más bien se trataría de un centurión por cada legión.

[78] En Galilea, a poco menos de 2 Km al este de Séforis. *Autobiografía* 395 y 412 la llama aldea, en lugar de ciudad.

con unos pocos hombres y tenía miedo sobre el resultado de la guerra, al ver que no tenía fuerzas suficientes para enfrentarse a los enemigos, que los judíos estaban desanimados y que muchos, de buen grado, firmarían unos tratados de paz,
131 si los romanos confiaran en ellos. Por eso, determinó apartarse lo más lejos posible del peligro y con los soldados que le quedaban se refugió en Tiberíades.

Toma de Gadara. Inquietud de Josefo

132 Vespasiano se dirigió contra la ciudad de Gadara[79] y se apoderó de ella al primer asalto, pues no encontró en ella un grupo
133 de gente que luchara. Pasó al interior de la ciudad y ejecutó a todas las personas, jóvenes o ancianas, ya que los romanos no se compadecieron de ninguna edad por el odio que sentían hacia la nación judía y por el recuerdo que tenían de las atrocidades come-
134 tidas contra Cestio[80]. Prendió fuego no sólo a la ciudad, sino también a todas las aldeas de alrededor y a las pequeñas ciudades: algunas de ellas estaban totalmente abandonadas, pero hay otras en las que el propio Vespasiano esclavizó a sus habitantes.

135 Pero Josefo, cuando huyó a aquella ciudad, que él mismo había elegido para protegerse, hizo que sus habitantes se llenaran de miedo. Pues los ciudadanos de Tiberíades estaban convencidos de que Josefo no se habría refugiado allí,
136 si no hubiera perdido toda esperanza de ganar la guerra. Y en este aspecto no se equivocaron sus pensamientos. Josefo

---

[79] Aunque todos los manuscritos mantienen esta forma, sin embargo algunos editores, como THACKERAY, corrigen con *Garábōn*. En efecto, esta última ciudad estaba situada en Galilea, al este de Ptolemaida, y era contraria a los romanos (cf. *Autobiografía* 123 y 234), mientras que Gadara se hallaba en la Decápolis y estaba a favor de Roma (cf. IV 413).

[80] Cf. II 513-556.

veía cómo iba a acabar la situación de los judíos y era consciente de que la única posibilidad de salvación era que reconsideraran su decisión. Y aunque él tenía la esperanza de 137
que los romanos le perdonaran, sin embargo prefería morir muchas veces antes que traicionar a su patria, deshonrar el cargo de general que se le había encomendado y así vivir prósperamente entre aquellos contra los que había sido enviado a luchar. Por consiguiente, decidió escribir a las auto- 138
ridades de Jerusalén una carta donde detallaba con exactitud la situación. Para no ser calificado de cobarde, no ensalzó demasiado la fuerza de los enemigos, pero tampoco minimizó su importancia para no excitar los ánimos de unas personas que seguramente iban a arrepentirse de su decisión inicial. Les pedía que le escibieran enseguida, si optaban 139
por firmar un acuerdo de paz, o que le enviasen tropas capaces de luchar contra los romanos, en el caso de que decidieran seguir en la guerra. Josefo escribió esta carta y man- 140
dó rápidamente a unos mensajeros para que la llevaran a Jerusalén.

La ciudad de Jotapata es sitiada por las tropas de Vespasiano

Vespasiano deseaba destruir Jotapata, 141
pues sabía que en ella se había refugiado la mayoría de los enemigos y que, además, esta ciudad era para ellos una fortaleza que les servía de base de operaciones. Por ello, envió infantería y caballería para que allanaran el camino[81], que era montañoso y rocoso, difícil para los soldados de a pie e imposible para los jinetes. Éstos llevaron a cabo su tarea en cuatro días y dejaron 142
expedito el camino para el ejército. Al quinto día, que era el

[81] Es el camino que une Gabara con Jotapata, unos 40 estadios, es decir, algo más de 7 Km, según se expresa en *Autobiografía* 234.

vigésimo primero del mes de Artemisio[82], Josefo se apresuró a llegar a Jotapata desde Tiberíades y levantó los ánimos
143 de los judíos, que entonces estaban decaídos. Un desertor informa a Vespasiano de la llegada de Josefo a Jotapata y le instiga para que ataque la ciudad, pues con ella se apoderará
144 de toda Judea, si consigue someter a Josefo. Vespasiano recibió esta noticia como el mayor éxito y creyó que su enemigo, que parecía el más inteligente de todos, se había metido voluntariamente en una prisión por obra de la Providencia divina[83]. Envió inmediatamente con mil jinetes a Plácido y al decurión Ebucio[84], hombre destacado por su actividad y por su inteligencia, y les ordenó que rodearan la ciudad para que Josefo no se escapara de ella sin ser visto.

145 Al día siguiente, el propio Vespasiano salió detrás de ellos con todo el ejército y, después de andar hasta el atar-
146 decer, llegó a Jotapata. Acampó con sus tropas en la parte norte de la ciudad, en una colina que estaba a siete estadios de allí, e intentó que estuvieran lo más a la vista posible de
147 los enemigos para así darles miedo. Inmediatamente los judíos se asustaron tanto que ninguno de ellos se atrevió a sa-
148 lir de las murallas. Por su parte los romanos, que habían caminado durante todo el día, de momento no quisieron atacar, sino que rodearon la ciudad con dos líneas de infantería y, detrás de ellas, con otra de caballería para cerrar todas las
149 salidas. Pero esto, que suponía la pérdida de toda esperanza

---

[82] Concretamente sería el 8 de junio del 67. La fecha no parece concordar con los datos expuestos en III 316, 339 y 406. El asedio de Jotapata duró cuarenta y siete días y acabó el primer día del mes de Panemo, lo que evidencia un desfase de siete u ocho días.

[83] Sobre el concepto de Providencia en Josefo, así como su relación con la clásica Fortuna, vid. el apartado 5 de la Introducción.

[84] Según *Autobiografía* 115 ss., Ebucio estaba a las órdenes del rey Agripa y en su campaña en la Gran Llanura de Esdrelón había tenido algún enfrentamiento con Josefo.

de salvación, hizo que los judíos, se llenaran de valor, pues en una guerra no hay nada que empuje más a luchar que la necesidad.

Al día siguiente tuvo lugar el ataque. Al principio los ju- 150
díos, que habían acampado delante de las murallas, enfrente de los romanos, consiguieron mantenerse en el lugar. Sin 151
embargo, Vespasiano dispuso frente a ellos a sus arqueros, sus honderos y todos sus tiradores y les ordenó disparar contra los judíos, mientras él con la infantería se subió a una pendiente desde donde era fácil atacar la muralla. Entonces Josefo, que temía por la ciudad, salió fuera con toda la multitud de judíos que había dentro. Atacaron todos juntos a los 152
romanos y les obligaron a apartarse de la muralla: hicieron una gran demostración de acciones valerosas y audaces, pero lo que sufrieron no fue menor que los daños que causaron al enemigo. Pues a los judíos les animaba el hecho de haber 153
perdido toda esperanza de salvación, tanto como a los romanos el miedo por la vergüenza; estos últimos estaban armados de experiencia y de fuerza, mientras que los otros lo estaban de valor y coraje[85]. Después de haber luchado du- 154
rante todo el día, por la noche se separaron. Habían herido a un gran número de romanos y habían matado a trece, mientras que en el bando judío habían perecido diecisiete y estaban heridos seiscientos.

Al día siguiente, como los romanos volvieron a atacar, 155
los judíos salieron contra ellos y lucharon con más fuerza todavía. Les llenaba de valor el hecho de haber resistido el día anterior, en contra de lo que esperaban, y el ver a los romanos también más combativos que antes. La vergüenza ha- 156
bía encendido la ira de estos últimos, ya que para ellos era

[85] Algunos autores, como Thackeray y Pelletier, ven aquí una reminiscencia de la expresión de la *Electra* de Sófocles, 995, *thrásos... hoplíszei*. Más adelante veremos otras posibles influncias del texto sofocleo.

157 una derrota el no haber vencido al instante. Durante cuatro días se sucedieron constantes ataques de los romanos, salidas de los habitantes de Jotapata para hacerles frente y combates muy duros delante de las murallas. Ni los judíos se amedrentaban ante la fuerza de los enemigos, ni los romanos se desanimaban ante el difícil asedio de la ciudad.

158 Casi toda Jotapata está levantada sobre un lugar escarpado. Por tres lados está totalmente rodeada por barrancos tan inmensos que la vista se pierde en ellos, cuando se intenta ver el fondo. Sólo se puede entrar por el norte, por donde la ciudad está construida en pendiente en las estriba-
159 ciones del monte. Josefo también rodeó esta parte, cuando amuralló la ciudad[86], para que los enemigos no se apodera-
160 ran de la cima que hay sobre ella. Jotapata, cercada por otros montes que la ocultan, no puede verse hasta que no se llega a ella. Así estaba de fortificada la ciudad.

161 Vespasiano, para combatir la naturaleza del lugar y la audacia de los judíos, decidió emprender un asedio más intenso. Llamó a sus generales y deliberó sobre el ataque. Tras
162 decidir levantar un terraplén en la parte de la muralla que tenía un acceso más fácil, envió a todo el ejército a recoger el material necesario para construirlo. Talaron los árboles de los montes próximos a la ciudad y, además de madera, reu-
163 nieron una gran cantidad de piedras. Unos tendieron techados de mimbre[87] sobre empalizadas para protegerse de las flechas lanzadas desde arriba, y así debajo de ellos levantaban el terraplén sin ser alcanzados, o muy poco, por los dis-
164 paros que se hacían desde la muralla. Otros, en cambio, sacaban tierra de las colinas de alrededor y sin parar la transportaban al lugar. Divididos así en tres grupos, nadie

[86] Cf. II 573.

[87] Este tipo de defensas se denominaban *vineae*, por su parecido con una plantación de viñas, según describe VEGECIO, IV 15.

estaba sin hacer nada. Los judíos, mientras, desde los muros 165
lanzaban grandes piedras y todo tipo de proyectiles sobre los techados que protegían a los enemigos. Y aunque los disparos no les alcanzaban, sin embargo producían un espantoso ruido que molestaba a los que trabajaban en el terraplén.

Vespasiano colocó las máquinas de artillería, un total de 166
ciento sesenta[88], alrededor de la ciudad, y ordenó disparar contra los judíos de la muralla. Entonces las catapultas arro- 167
jaban sus jabalinas, que al salir producían un enorme estruendo, y, al mismo tiempo, las balistas[89] tiraban grandes piedras, de un talento de peso[90], fuego y una gran cantidad de flechas, que no sólo impedían a los judíos acercarse a las murallas, sino también a toda la zona interior a donde alcanzaba el disparo. Pues numerosos arqueros árabes y todos 168
los tiradores de dardos y honderos actuaban a la vez que las máquinas. Por su parte, los judíos, aunque no podían defen- 169
derse desde arriba, no permanecían sin hacer nada. Salían por grupos, como si fueran bandidos[91], destruían las defensas de los que estaban trabajando en el terraplén y, tras dejarlos al descubierto, les atacaban. Cuando los romanos se retiraban de allí, los judíos destruían el terraplén y prendían fuego a las empalizadas y a las techumbres de mimbre[92].

---

[88] Más o menos coincide con los datos ofrecidos por Vegecio, II 25, que asigna cincuenta y cinco catapultas a cada legión. En este caso el número total de máquinas sería ciento sesenta y cinco, ya que Vespasiano tenía tres legiones.

[89] Cf. nota a III 80.

[90] Seguramente se trata del talento ático, que alcanzaba un peso de 36 kilos y que era la unidad de peso más utilizada en esta época en Palestina.

[91] Seguramente Josefo alude aquí al tema de los «bandidos» (cf., por ejemplo, I 304), a esos grupos de resistencia que se oponían a la presencia de Roma en Palestina por los procedimientos típicos de las guerrillas, más que estrictamente militares, como se están utilizando en este caso.

[92] Cf. III 163.

170 Hasta que, por fin, Vespasiano se dio cuenta de que aquellos contratiempos se debían a la separación que había entre las obras, pues estos espacios proporcionaban a los judíos un lugar idóneo para sus ataques. Unió los sistemas de protección y, agrupadas también sus tropas, rechazó las incursiones de los judíos.

171 Cuando el terraplén había ya avanzado y tenía una altura casi como la de las murallas, Josefo, que pensaba que sería terrible, si no ingeniaba una forma de salvar a la ciudad, convocó a sus obreros y les ordenó que hicieran más altos
172 los muros. Pero como éstos le dijeran que no era posible hacer esta obra, mientras les atacasen con tantos disparos, in-
173 ventó para ellos el siguiente sistema de defensa: les mandó clavar estacas y extender encima de ellas pieles de bueyes recién arrancadas, para que aguantaran en sus pliegues las piedras lanzadas por las balistas[93], hicieran resbalar también los demás proyectiles y su humedad apagara el fuego. Este es el tipo de protección[94] que Josefo colocó delante de sus
174 obreros. De esta forma ellos trabajaban seguros por el día y por la noche. Elevaron la altura de la muralla veinte codos más, construyeron más torres y levantaron, además, un
175 fuerte parapeto. Este hecho produjo un gran desánimo entre los romanos, que ya se creían dentro de la ciudad. Se quedaron asombrados del ingenio de Josefo y de la audacia de los que estaban en el interior.

176 Vespasiano se llenó de furor ante la astucia de esta estratagema y ante la osadía de los habitantes de Jotapata. Los
177 judíos, que habían cobrado nuevos ánimos con el refuerzo de sus defensas, hacían salidas contra los romanos. Diaria-

---

[93] Cf. nota a III 80.

[94] Tal sistema de defensa era ya conocido por los romanos, como testimonia VEGECIO, IV 15, y VITRUVIO, X 15, 6, cuyo libro X de su tratado *Sobre la arquitectura* aborda el tema de las máquinas de guerra.

mente se producían choques entre pequeños grupos de soldados y tenían lugar todas las astucias propias de los bandidos[95]: saqueaban todo lo que se encontraban y quemaban las demás obras de los romanos. Hasta que, finalmente, Ves- 178
pasiano mandó a su ejército dejar de luchar y decidió asediar la ciudad y, así, tomarla por la falta de víveres. De esta 179
manera, forzados por la falta de alimentos, los judíos acudirían a él en actitud suplicante o bien morirían de hambre, si persistían en su orgullo hasta el final. Creía que los comba- 180
tiría con más facilidad, si dejaba pasar un tiempo y los volvía a atacar cuando estuvieran agotados por el asedio. Por ello ordenó establecer vigilancia en todas las salidas de la ciudad.

En el interior había una gran cantidad de trigo y de to- 181
das las demás provisiones, salvo de sal. Sin embargo, faltaba el agua, pues en la ciudad no había ninguna fuente y sus habitantes se conformaban con el agua de la lluvia. Pero en aquella zona es escasa la lluvia en verano. Por eso, al produ- 182
cirse el asedio en esta estación, se apoderó de ellos un terrible desánimo ante la idea de pasar sed, y estaban ya afectados como si les faltara totalmente el agua. Josefo, que veía 183
que la ciudad estaba bien provista de los demás víveres y que los hombres que estaban allí tenían un espíritu valiente, quiso prolongar el asedio, en contra de lo que esperaban los romanos, y les racionó inmediatamente el agua. Pero los 184
judíos consideraron este racionamiento más duro que la falta de agua, pues el no poder beber libremente excitaba más su sed. Desfallecían, como si ya hubieran llegado al punto extremo de sed. Esta situación no les pasó desapercibida a los romanos. Pues desde la ladera de enfrente, por 185
encima de la muralla, los veían acudir siempre al mismo lu-

[95] Cf. nota a III 169.

gar y racionar allí el agua. Apuntaron también con sus oxibelas[96] hacia esta zona y mataron a muchos judíos.

186 Vespasiano tenía la esperanza de que la ciudad no tardaría mucho tiempo en entregarse, obligada por la necesidad,
187 cuando las cisternas se quedaran vacías. Josefo, dispuesto a arrebatarle esa esperanza, ordenó que la mayoría de sus hombres mojase su ropa y la colgase en las almenas con el fin de que toda la muralla de repente se pusiera a chorrear agua.
188 Ante este hecho los romanos se llenaron de desánimo y de miedo, cuando vieron que, para reírse de ellos, gastaban tanta cantidad de agua aquellos que, según creían, no tenían ni para beber[97]. Como consecuencia de este hecho, incluso el propio general, que había perdido ya toda esperanza de tomar la ciudad por la falta de víveres, volvió de nuevo a
189 hacer uso de las armas y de la fuerza. Esto es lo que deseaban los judíos, pues, una vez que habían desistido de salvarse ellos y la ciudad, preferían morir en el combate antes que de sed y de hambre.

190 Sin embargo Josefo planeó otra estratagema para obte-
191 ner abundantes provisiones. Por un desfiladero, de difícil paso, que estaba en la parte occidental del barranco y que, por ello, los guardias romanos no le prestaban atención, enviaba y recibía a mensajeros con cartas de parte de los judíos que él quería del exterior de la ciudad. Asimismo, por este medio se aprovisionó bien de todo lo necesario que
192 faltaba en la ciudad. A los que salían a buscar viveres les dio la orden de arrastrarse el mayor tiempo posible al pasar junto a los guardias y cubrirse la espalda con pieles de ove-

---

[96] Cf. nota a II 553.

[97] Esta peculiar estratagema había sido empleada ya por los propios romanos: Manlio, al verse asediado por los galos en el Capitolio, les arrojó panes con el fin de confundir al enemigo, según relatan Tito Livio, V 48, 4, y Floro, I 7, 15.

ja, para que si alguien los veía de noche, creyera que eran perros. Hasta que los centinelas se dieron cuenta de la treta y cortaron el desfiladero.

Cuando Josefo vio que la ciudad no resistiría por mucho 193
tiempo y que su salvación sería difícil si continuaba allí, se reunió con los principales ciudadanos para tomar una decisión sobre la huida. Nada más enterarse de ello la muchedumbre, le rodeó y le pidió que no la abandonase, pues dependía sólo de él. Si Josefo se quedaba, todavía le restaba a 194
la ciudad una esperanza de salvación, pues por él todos lucharían valerosamente, y, en el caso de ser vencidos, él sería su consuelo. A Josefo no le convenía ni huir ante los ene- 195
migos, ni abandonar a sus amigos ni, como si estuviera en una tempestad, saltar de la nave a la que había embarcado cuando hacía buen tiempo. Su ciudad volvería a hundirse, 196
pues ya no habría nadie que se atreviera a enfrentarse a los enemigos, si se iba aquel que les daba ánimos para ello.

Josefo guardó silencio sobre su propia seguridad y dijo 197
que iba a abandonar la ciudad por el bien de ellos mismos. Pues, si se quedaba en la ciudad no les sería de gran ayuda, 198
en el caso de que se salvaran, y, si fueran derrotados, perecería también con ellos inútilmente. En cambio, si conseguía escapar del asedio, les sería muy provechoso. Reuniría 199
a los galileos de la región, lo más rápidamente que pudiera, y con otro frente de guerra obligaría a los romanos a abandonar el cerco de su ciudad. No veía qué utilidad había en 200
que él se quedara entonces allí, salvo provocar aún más a los romanos a asediarlos, pues éstos ponían todo su empeño en capturarle. Por el contrario, si los romanos se enteraban de que él había escapado, aminorarían en gran medida el ataque a la ciudad. No les convenció, sino que les movió a 201
aferrarse a él con más fuerza. Niños, ancianos y mujeres con sus bebés se postraban ante él con lamentos y todos le co-

202 gían abrazados a sus pies. Le suplicaban con llantos que se quedara y que compartiera su suerte con ellos[98]. Me parece que los habitantes de Jotapata no hacían esto porque envidiaran la salvación de Josefo, sino por la esperanza que tenían de su propia salvación, pues creían que no les pasaría nada malo si Josefo se quedaba con ellos.

203 Josefo comprendió que, si se dejaba convencer, esto no sería más que una súplica, mientras que, si insistía en irse, se convertiría en una amenaza de vigilancia para él. Además, su compasión por los lamentos del pueblo había redu-
204 cido en gran medida sus deseos de huir de allí. Decidió quedarse, se armó de la común desesperación de la ciudad y les dijo: «Ahora es el momento de empezar a luchar, ahora que no hay esperanza de salvación. Es hermoso perder la vida a cambio de obtener la fama y morir por haber realizado hazañas valerosas para ser recordado por la posteridad». Tras
205 estas palabras, pasó a la acción. Salió con sus hombres más belicosos, dispersó a los guardias y bajó corriendo hasta el campamento romano. Arrancó las techumbres de pieles que había en los terraplenes, donde los romanos se refugiaban, y
206 quemó sus instalaciones[99]. Continuó así al día siguiente y al otro, y durante muchos días y noches no se cansó de luchar.

207 Los romanos se veían perjudicados por estas incursiones, pues sentían vergüenza de retirarse ante los judíos y no les era fácil perseguirlos por el peso de sus armas, cuando aquéllos, tras hacer sus correrías, huían a la ciudad antes de

[98] *Autobiografía* 210 ss. describe una escena muy similar, cuando Josefo se dispone a abandonar Galilea. THACKERAY, *ad loc.*, observa en este pasaje ecos de Homero, en concreto de *Ilíada* XXII 408, cuando Aquiles acaba de matar a Héctor.

[99] Este sistema de protección por medio de pieles de animales, llamado *pluteus*, es descrito también por VEGECIO, IV 15.

ser alcanzados. Por ello, Vespasiano ordenó a sus soldados 208
que evitaran estos ataques y que no trabaran combate con
unas personas que querían morir. Pues no hay nada que ten- 209
ga más fuerza que la desesperación: su ímpetu se apagará,
cuando ya no tengan un blanco para sus ataques, como pasa
con el fuego cuando le falta la leña. A los romanos les con- 210
venía tanto vencer como tener seguridad, dado que no lu-
chaban por necesidad, sino para ampliar sus dominios. La 211
mayor parte de las veces Vespasiano rechazó a los judíos
mediante los arqueros árabes, los honderos y los lanzadores
de piedra sirios, y la totalidad de sus máquinas de artillería
no dejaba de funcionar. Los judíos, al ser alcanzados por los 212
disparos, retrocedían, pero, cuando atravesaban la zona de
tiro de las máquinas, que hacían sus lanzamientos a gran dis-
tancia, se arrojaban con dureza contra los romanos y com-
batían sin dar importancia a su vida[100] ni a su cuerpo y, se-
gún se iban fatigando, se relevaban unos a otros.

Vespasiano, que creía que la larga duración del asedio y 213
las incursiones le convertían a él en la persona sitiada, y,
como los terraplenes estaban ya cerca de las murallas, de-
terminó emplear el ariete. Se trata de una viga muy grande, 214
parecida al mástil de un navío. Su extremo tiene una espesa
cubierta de hierro en forma de carnero, de donde toma su
nombre este artefacto. Por el medio estaba colgado con unas 215
cuerdas, como en una balanza, de otra viga, que se apoya, a
un lado y a otro, en dos postes bien sujetos en el suelo. Es 216
arrastrado hacia atrás por una gran cantidad de hombres,
que de nuevo, todos a la vez, le empujan hacia adelante y
así golpea contra los muros con el hierro que sobresale por
delante. No hay torre tan fuerte ni muro tan sólido que resis- 217

[100] Los comentarios de THACKERAY y PELLETIER ven en esta expresión otra reminiscencia de SÓFOCLES, *Electra* 980, *psychês apheidêsante*.

ta a sus continuas embestidas, aunque soporte los primeros
218 golpes[101]. El general romano optó por intentar este método, pues tenía prisa por apoderarse a la fuerza de la ciudad, dado que el asedio era perjudicial mientras los judíos no deja-
219 sen de realizar sus incursiones. Los romanos hicieron avanzar las catapultas y las otras máquinas de artillería y dispararon con ellas, para alcanzar a los que intentaban impedir su avance desde la muralla. También se acercaron los arqueros
220 y los honderos. Como ningún judío se atrevió a subir a los muros a causa de esta amenaza, los otros acercaron el ariete, cubierto por varios parapetos unidos y por arriba por pieles
221 para protegerse ellos y el propio artefacto[102]. A la primera embestida el muro tembló y se produjo un gran griterío entre la gente que había dentro, como si la ciudad hubiera sido ya tomada.

222 Josefo, al ver que la muralla se iba a venir abajo enseguida, si los romanos golpeaban muchas veces en el mismo lugar, se las ingenió para detener por algún tiempo la vio-
223 lencia del ariete. Mandó llenar unos sacos de paja y bajarlos con cuerdas hasta el lugar donde veía que daba siempre el ariete, para desviar el golpe y para que los sacos, al recibir las embestidas, las amortiguaran con el mullido de la pa-
224 ja[103]. Esto supuso un gran retraso para los romanos: a cualquier sitio que dirigieran la máquina, los judíos desde arriba les hacían frente mediante la colocación de los sacos delante de sus impactos, de modo que por este sistema de amorti-
225 guación la muralla no fue dañada. Hasta que los romanos pla-

---

[101] Una descripción de ariete, en términos similares a los aquí expuestos, puede verse en VITRUVIO, X 15.

[102] Cf. VITRUVIO, X 60-62.

[103] Esta argucia no es invención de Josefo ni de los judíos, puesto que los romanos conocían ya algo similar, aunque en este caso se trataba de unos sacos llenos de trapos; cf. VEGECIO, X 15.

nearon un método para contrarrestar el de los judíos: en el extremo de unos palos largos ataron unas hoces y así cortaron las cuerdas que ataban los sacos. De esta forma la he- 226
lépolis[104] volvió a estar activa y la muralla, que había sido construida recientemente[105], empezó ya a ceder. Entonces, los hombres de Josefo echaron mano al fuego como único recurso que les quedaba para defenderse. Cogieron toda la 227
leña seca que tenían, salieron por tres frentes y prendieron fuego a las máquinas, a los parapetos y a los terraplenes de los romanos. Éstos no pudieron impedirlo, pues se quedaron 228
atónitos ante la audacia de los judíos y las llamas les impedían defenderse. El fuego, con leña seca, pez, betún e, incluso, azufre, corría más rápido que el pensamiento y en una hora se consumió lo que los romanos habían preparado con tanto trabajo.

Entonces destacó de entre los judíos un hombre, que 229
merece ser mencionado y recordado. Era hijo de Sameas, su nombre Eleazar, su patria era Saba[106], en Galilea. Tomó una 230
piedra muy grande y la arrojó desde la muralla contra la helépolis[107] con tanta fuerza que rompió la cabeza del ariete. Eleazar bajó al medio de los enemigos, recogió la cabeza y sin inmutarse la llevó al muro. Se convirtió en el blanco de 231
todos los enemigos, recibió los golpes en su cuerpo, que no estaba protegido, y fue alcanzado por cinco disparos. Sin embargo, no hizo caso a ninguno de ellos. Cuando subió a 232
la muralla y se puso a la vista de todos, como ejemplo de audacia, se retorció entonces de dolor por las heridas y cayó

[104] Como ocurría en III 121, el término helépolis está usado aquí en sentido genérico para referirse al ariete y no propiamente a la torre que se utilizaba para tomar una ciudad.

[105] Cf. II 573.

[106] Población desconocida.

[107] Cf. nota a III 121.

233 con la cabeza del ariete. Después de Eleazar sobresalieron, como los más valerosos, dos hermanos, Netira y Filipo, ambos galileos de la aldea de Ruma[108]. Estos judíos salieron contra los soldados de la décima legión y se lanzaron contra los romanos con tanto ardor y con tanta fuerza que deshicieron el orden de sus filas y obligaron a huir a todos los que atacaban.

234 A continuación, Josefo y el resto de la gente cogieron fuego y de nuevo incendiaron las máquinas, los refugios y las obras de la quinta y de la décima legión, que habían huido. Los demás soldados se adelantaron para enterrar las má-
235 quinas de guerra y toda la madera. Pero de nuevo, al atardecer, los romanos levantaron el ariete y lo aproximaron hacia el lugar de la muralla que ya había sufrido antes sus golpes.
236 Entonces, uno de los defensores disparó desde allí y alcanzó con una flecha a Vespasiano en la planta del pie. Le produjo una herida superficial, ya que la distancia había debilitado el impacto, y estalló un inmenso tumulto entre los romanos.
237 La gente que estaba cerca de él se asustó al ver la sangre y por todo el ejército se extendió esta noticia. La mayoría abandonó el asedio y llena de consternación y de temor corrió
238 junto a su general. Tito fue el primero que se presentó, pues temía por su padre. En consecuencia, todos estaban conmovidos por el afecto que sentían hacia su jefe y por la angustia de su hijo. Pero el padre fácilmente calmó el temor
239 de su hijo y la intranquilidad de su ejército. Vespasiano se sobrepuso a su dolor, se apresuró para que le vieran todos los que estaban inquietos por él e impulsó un ataque más duro contra los judíos. Cada uno de sus hombres, para vengar a su general, quería ser el primero en enfrentarse al peligro. Unos a otros se animaron con gritos y se lanzaron contra la muralla.

[108] Entre Jotapata y Séforis, al sur de la llanura de Asoquis.

Los hombres de Josefo, aunque sucumbían unos sobre 240
otros por acción de las catapultas y las balistas[109], sin em-
bargo no abandonaron la muralla, sino que con fuego, hierro
y piedras alcanzaban a los que, protegidos debajo de las cu-
biertas, empujaban el ariete. Pero poco o nada era lo que con- 241
seguían: los judíos caían sin cesar al ser descubiertos por
unos enemigos que ellos no podían ver[110]. Pues al ser ilumi- 242
nados por el fuego, que ellos mismos lanzaban, se conver-
tían en un blanco tan visible para los enemigos como si fue-
ra de día. Y difícilmente se defendían de los disparos de las
máquinas, que desde lejos no veían. La fuerza de las oxibe- 243
las[111] y de las catapultas alcanzaba a muchos a la vez. Las
piedras lanzadas con un gran estruendo por las máquinas
rompían los parapetos y destrozaban las esquinas de las to-
rres. No hay tropa de soldados tan fuerte que no sucumba 244
hasta su última fila ante la violencia y el tamaño de estas
piedras. Se podría saber cuál era la potencia de estas máqui- 245
nas a partir de lo que ocurrió esta noche. Uno de los que
estaba con Josefo en lo alto de la muralla fue alcanzado por
una de estas piedras, que le arrancó la cabeza, y su cráneo
fue lanzado a una distancia de tres estadios[112]. Al día si- 246
guiente, una mujer embarazada recibió el golpe en su vien-
tre, cuando acababa de salir de casa, y el feto fue a parar a
medio estadio de allí. Tan grande era la fuerza de esta má-
quina lanzadora de piedras. Más terrible que las máquinas 247
era el estruendo que provocaban al entrar en funcionamien-

[109] Cf. nota a III 80.

[110] Como se dirá en III 245 y 250, el ataque tuvo lugar de noche y la única luz que había procedía de las llamas del fuego.

[111] Sobre la diferencia entre catapulta y oxibela puede verse la nota a II 553.

[112] Esta distancia, aproximadamente 555 metros, así como la que se expresa a continuación, parece bastante exagerada.

to, y también lo era más el ruido del impacto que los pro-
248 pios disparos. Resonaban los cadáveres al ser arrojados unos sobre otros desde la muralla. Dentro estalló un tremendo griterío entre las mujeres, y fuera le acompañaba el
249 eco de los lamentos de los que morían. El recinto de la batalla estaba cubierto de sangre, y se podía cruzar la muralla
250 subiendo por encima de los cadáveres. La montañas hacían con su eco más espantosos los gritos. Aquella noche no
251 faltó nada que inspirara terror al oírlo o al verlo. Fueron muchísimos los que cayeron valientemente en su lucha por Jotapata y también muchísimos los heridos. A duras penas, en la guardia de la primera hora del día[113] cedió ante las máquinas la parte de la muralla que había sido golpeada una
252 y otra vez. Pero los judíos protegieron con sus cuerpos y con sus armas la brecha del muro, y de esta forma la cubrieron antes de que los romanos hubieran echado sus máquinas para escalar al interior.

253 Al amanecer, Vespasiano reunió a su ejército para la toma de la ciudad, después de haberles permitido descansar
254 un poco de los trabajos de la noche. Como quería expulsar de las brechas de la muralla a los judíos que las defendían, ordenó a sus jinetes más valientes bajarse de los caballos y los dispuso en tres filas frente a las partes del muro que habían sido derribadas, protegidos totalmente por sus armaduras y con sus lanzas en las manos, para que iniciasen ellos la entrada en la ciudad, cuando se tendieran las máquinas de
255 escalada. Detrás de ellos colocó a los soldados más fuertes de su infantería. Desplegó el resto de la caballería en línea con la muralla, a lo largo de toda la montaña, para que no pudiera escapar sin ser visto ninguno de los que huían de la

[113] Según el cómputo horario seguido por Josefo serían las 7 de la mañana, después de la última vigilia o turno de guardia de la noche; cf. nota a III 319.

toma de la ciudad. A continuación situó en círculo a los ar- 256
queros con la orden de tener preparadas sus flechas para disparar, y lo mismo hizo con los honderos y los encargados de las máquinas. A otros les encomendó tender las escaleras 257
y colocarlas sobre los muros que aún quedaban en pie, para que unos, al intentar impedir su acceso, abandonaran la vigilancia de las brechas abiertas, y los demás, obligados por los numerosos proyectiles que disparaban, se retiraran de la entrada. Josefo, que se dio cuenta de la estratagema, colocó 258
en la parte de muralla que aún quedaba entera a los más mayores y a los que estaban agotados, pues pensaba que en este lugar no iban a sufrir ningún daño. Por el contrario, en los lugares más demolidos de la muralla situaba a los más fuertes y, delante de todos, a seis hombres por cada grupo, entre los que se encontraba él mismo, que había sido designado por la suerte para enfrentarse al peligro en los primeros puestos[114]. Para que no se asustaran, les ordenó taparse 259
los oídos, cuando las legiones dieran su grito de guerra, y, cuando les cayera encima una gran cantidad de proyectiles, les recomendó que se arrodillaran, que se cubrieran por arriba con sus escudos y que retrocedieran un poco hasta que los arqueros vaciaran sus aljabas. Pero les mandó que, en el 260
momento en que los romanos tendieran sus máquinas para escalar la muralla, saltaran e hicieran frente al enemigo con sus propios medios. Cada uno tenía que luchar no para salvar a la patria, sino para vengarse por ella, pues ya se la daba por perdida. Y debían tener muy presente ante sus ojos a 261
los ancianos que iban a ser degollados y los niños y mujeres que iban a ser capturados enseguida por el enemigo. Por ello

[114] Estos combatientes de primera línea serán mencionados de nuevo en III 270.

les dijo que tenían que llenarse de coraje por las futuras desgracias y descargarlo contra los responsables de las mismas.

262 Estas son las precisiones que hizo a los unos y a los otros. Pero cuando la muchedumbre de la ciudad que no combatía, es decir, las mujeres y los niños, se percataron de que estaban rodeados por una triple línea de soldados, pues los romanos no habían hecho intervenir en la lucha a ninguno de los que desde el principio montaban la guardia[115], y delante de los muros demolidos vieron que los enemigos estaban con las espadas en la mano, que la montaña, arriba, resplandecía por el brillo de las armas y que las flechas de los arqueros árabes estaban ya apuntándoles, entonces dieron todos a la vez un último grito de lamento por la conquista de la ciudad, no como si les amenazara el peligro, sino
263 como si ya lo estuvieran padeciendo. Josefo encerró a las mujeres en sus casas, para que con su llanto no ablandaran el ímpetu de los suyos, y les ordenó con amenazas que se estuvieran tranquilas. Él, por su parte, se fue al lugar que le había tocado por suerte en las zonas demolidas de la mura-
264 lla. No se preocupó de los enemigos que acercaban las escaleras por otros sectores, sino que esperó con impaciencia el lanzamiento de las flechas.

265 Las trompetas de todas las legiones sonaron a la vez, el ejército dio un terrible grito de guerra y, cuando se dio la señal de lanzar las flechas en todas las direcciones, se obscu-
266 reció la luz del día. Los hombres de Josefo se acordaron de sus recomendaciones, y así protegieron sus oídos ante el clamor de las legiones y sus cuerpos ante el disparo de las fle-
267 chas. Cuando los romanos acercaron sus máquinas, los judíos salieron al ataque antes de que subieran a ellas los enemigos

[115] Cf. III 148.

que las habían aproximado allí. En su lucha con los asaltan- 268
tes dieron prueba de todo tipo de acciones, por el valor de su cuerpo y por el de su espíritu. En esta situación extrema intentaban no parecer inferiores a aquellos que, sin hallarse en peligro, combatían contra ellos de una forma tan valiente.
En consecuencia, no se libraban de los romanos hasta que 269
caían muertos o hasta que acababan con ellos. Pero, mien- 270
tras los judíos se agotaban en esta continua defensa de la ciudad y no podían sustituir a los que luchaban en la primera línea[116], en cambio en el ejército romano soldados nuevos relevaban a los que estaban cansados y, cuando unos eran obligados a retroceder, rápidamente venían otros en su lugar. Se daban ánimos unos a otros, iban pegados entre sí y se cubrían con sus escudos[117]. Formaban una columna indestructible y, como un solo cuerpo, toda la tropa empujaba hacia adentro a los judíos y avanzaba ya sobre la muralla.

Ante estas dificultades, Josefo tomó como consejera a la 271
necesidad, que es terriblemente ingeniosa cuando la desesperación obliga a ello, y ordenó echar aceite hirviendo sobre
los soldados que se protegían con los escudos[118]. Muchos 272
judíos, que tenían preparado el aceite, enseguida lo arrojaron en gran cantidad contra los romanos por todos los lados y además les lanzaron los calderos que aún estaban ardiendo
de calor. Este aceite hirviendo deshizo las filas de la forma- 273
ción romana y los soldados con tremendos dolores cayeron
rodando desde la muralla. Pues el aciete corría fácilmente 274
por todo el cuerpo, debajo de la armadura, desde la cabeza

[116] Cf. III 258.

[117] Es la formación conocida con el nombre de *testudo;* cf. II 537.

[118] Este procedimiento era ya suficientemente conocido y utilizado en la Antigüedad. Para el caso concreto de los romanos, vid. PLINIO, *Historia natural* II 108, y VEGECIO, IV 8.

hasta los pies y devoraba la carne como si fuera fuego, ya que por naturaleza se calienta con rapidez y tarda en en-
275 friarse a causa de su grasa. No había posibilidad de librarse de las quemaduras, dado que las corazas y los cascos les oprimían. Obligados por el dolor, saltaban y se arrojaban desde los puentes. Los que retrocedían se encontraban con sus compañeros que les obligaban a ir de nuevo hacia adelante, y así se convertían en un buen blanco para los judíos que les herían por la espalda.

276 Pero en este desastre ni a los romanos les faltó fuerza, ni a los judíos inteligencia. Los primeros, aunque veían lo mucho que sufrían sus hombres, cuando les echaban el aceite encima, sin embargo se lanzaban contra los que se lo tiraban y cada uno de ellos maldecía al que tenía delante por ser un
277 obstáculo para su ataque. Por su parte, los judíos con una segunda estratagema impidieron su entrada en la ciudad: esparcieron fenogreco[119] cocido sobre las rampas, con lo
278 cual resbalaban y se desplomaban abajo. Ninguno de los que retrocedían ni de los que atacaban quedó en pie, sino que unos eran pisoteados al caer de espaldas sobre las rampas de
279 escalada y muchos se precipitaban sobre el terraplén. Y los que se desplomaban eran asaeteados por los judíos, pues, al resbalar los romanos, ellos se veían libres de la lucha cuerpo
280 a cuerpo y acertaban en sus tiros con mayor facilidad. Al atardecer el general de los romanos dio la orden de retirada a sus soldados, que habían sufrido muchas pérdidas en el
281 ataque. Perecieron no pocos romanos y fueron heridos un gran número de ellos. En cambio, sólo murieron seis hombres de los que había en la ciudad de Jotapata y se recogie-

[119] Es la alholva o *Trigonella foenum-graecum*, planta leguminosa que al ser hervida produce un agua gelatinosa.

ron más de trescientos heridos. Esta batalla tuvo lugar el día 282
veinte del mes de Daisio[120].

Vespasiano, que consolaba a su ejército por lo sucedido, 283
cuando vio que sus hombres estaban indignados y que pedían,
no ya que les animaran, sino entrar en acción, mandó hacer 284
más altos los terraplenes y levantar tres torres de cincuenta
pies de altura cada una, recubiertas de hierro por todas partes,
para que se mantuvieran firmes por su peso y fueran inexpug-
nables por el fuego. Las colocó sobre los terraplenes y sobre 285
ellas dispuso a lanzadores de jabalina, arqueros y máquinas
ligeras de tiro, además de los más fuertes honderos. Estos úl- 286
timos, sin que el enemigo reparara en ellos a causa de la altu-
ra y de las cubiertas de las torres, disparaban contra los que
estaban a la vista sobre la muralla. Pero los judíos no podían 287
evitar fácilmente las flechas que les lanzaban a la cabeza ni
defenderse de enemigos invisibles. Al ver que era difícil de
alcanzar la altura de las torres con proyectiles lanzados a ma-
no y que el hierro que las protegía era inexpugnable por el
fuego, huyeron de la muralla y se pusieron a hacer salidas pa-
ra atacar a los que intentaban asaltar la ciudad. Así resistían 288
los habitantes de Jotapata: todos los días morían muchos de
ellos y no podían devolver ningún daño a sus enemigos, pues
no eran capaces de contenerlos sin correr peligro.

Trajano y Tito se apoderan de Jafa

En estos mismos días Vespasiano en- 289
vió a Trajano[121], legado de la décima le-
gión, con mil jinetes y dos mil infantes
contra una de las ciudades vecinas de Jo-
tapata, llamada Jafa, que se había suble-
vado impulsada por la inesperada resistencia de aquella ciu-

[120] Mes del calendario macedónico que corresponde al hebreo Siván y a parte de nuestros mayo y junio.

[121] Éste es el padre del futuro emperador Trajano.

290 dad. Trajano se encontró con que la ciudad era difícil de tomar, pues además de estar protegida por la naturaleza del lugar estaba fortificada por una muralla doble[122]. Cuando vio que sus habitantes habían salido a su encuentro, dispuestos a entrar en combate, luchó contra ellos y los persiguió, después de que aquéllos le presentaran una breve resisten-
291 cia. En el momento en que los judíos de Jafa se refugiaron en la primera muralla, los romanos, que les iban pisando los
292 talones, entraron a la vez que ellos. Sin embargo, cuando se disponían a atravesar la segunda muralla, sus conciudadanos les cerraron el acceso a la ciudad, pues temían que los
293 enemigos penetraran con ellos. Dios era el que ofrecía a los romanos el sufrimiento de los galileos, él era el que entonces también entregaba a unos enemigos sanguinarios[123] la totalidad de los habitantes de la ciudad, que habían sido dejados fuera y enviados a la muerte por las manos de sus
294 conciudadanos[124]. Todos en masa se precipitaron sobre las puertas y sin cesar llamaban por su nombre a los que las custodiaban, pero fueron degollados en medio de sus súpli-
295 cas. Los enemigos les cerraron el primer muro, y sus con-
296 ciudadanos el segundo. Aprisionados en masa por las dos murallas, muchos se mataron entre sí, muchos también se clavaron sus propios puñales y una cantidad innumerable de ellos perecieron a manos de los romanos, sin tener valor para defenderse. Además del miedo que tenían a los enemigos,

[122] En *Autobiografía* 230 se añade que esta ciudad estaba «sólidamente fortificada».

[123] Ésta es una de las pocas veces en que Josefo se expresa con dureza contra los romanos, ya que en la inmensa mayoría de los casos justifica la actuación de Roma y aplica calificativos negativos solamente a esa minoría judía que provocó el conflicto; cf. apartados 2 y 5 de la Introducción.

[124] Sobre la concepción del Destino y de la Providencia divina en Josefo, vid. el apartado 5 de la Introducción, así como los pasajes I 390, II 390 y V 367, por ejemplo.

la traición de los suyos les había partido el alma. Al final 297
murieron maldiciendo, no a los romanos, sino a sus propios conciudadanos, hasta que perecieron todos ellos, un total de
doce mil. Trajano, que pensaba que la ciudad no tenía ya 298
combatientes y que, si aún quedaban algunos dentro, no se atreverían a hacer nada debido al miedo, dejó para el general la toma de la ciudad[125]. Envió mensajeros a Vespasiano con la petición de que le mandara a su hijo Tito para coronar la victoria. Vespasiano, que se imaginaba que aún habría 299
alguna dificultad, remitió a su hijo con un ejército de quinientos soldados de caballería y mil de infantería. Cuando 300
Tito llegó a la ciudad, lo más rápido que pudo, y organizó sus tropas, colocó a Trajano al frente del ala izquierda, mientras él mismo con el ala derecha dirigía el asedio. Los 301
soldados tendieron escaleras por todas las partes de la muralla y los galileos, aunque desde arriba resistieron durante un corto espacio de tiempo, se retiraron de allí. El ejército de 302
Tito saltó al interior y enseguida se apoderó de la ciudad. Se produjo una encarnecida batalla entre los romanos y los judíos que se habían agrupado dentro. Los que tenían fuerza 303
para ello les atacaban en las calles estrechas y las mujeres, desde sus casas, les arrojaban todo lo que encontraban. Re- 304
sistieron la lucha durante seis horas, pero cuando sucumbieron los que podían combatir, los romanos degollaron al resto de la población, en plena calle o en las casas, tanto jóvenes como ancianos, pues no quedó ningún varón, excepto los niños pequeños, que junto con sus madres fueron escla-

[125] Esta tradición de cortesía militar, que dejaba el honor de tomar una ciudad en manos de un superior, es común a judíos y romanos. Como apunta Pelletier, *ad loc.*, Joab concedió esta prerrogativa a David en el asedio de Rabbah (cf. *II Samuel* 12, 26-28), y algo similar ocurrió cuando Claudio acudió en persona a las Islas Británicas a tomar Camulodonum (cf. Dión Casio LX 21).

305 vizados. Murieron quince mil hombres, tanto en la ciudad
como en el combate previo, y dos mil ciento treinta fueron
306 hechos prisioneros. Los galileos sufrieron esta desgracia el
día vigésimo quinto del mes de Daisio[126].

Matanza de samaritanos en el monte Garizim

307 Tampoco los samaritanos se vieron li-
bres de calamidades. Se habían congrega-
do en el llamado monte Garizim[127], que
para ellos es sagrado, y allí permanecie-
ron, aunque su reunión y su actitud su-
308 ponía una amenaza para la guerra. Pero las desgracias de
sus vecinos no les sirvieron de advertencia, sino que ante el
éxito de los romanos ellos se vanagloriaban insensatamente
de su propia debilidad y estaban dispuestos a sublevarse[128].
309 Vespasiano consideró oportuno adelantarse a esta revuelta y
truncar sus tentativas. Pues a pesar de que por toda Samaria
había distribuidas guarniciones, sin embargo el número de
la gente que allí había y el hecho de que se hubiera agrupa-
310 do producía temor. Así pues, Vespasiano envió a Cereal[129],
legado de la quinta legión, con seiscientos jinetes y con tres
311 mil infantes. A este personaje no le pareció adecuado subir
a la montaña y desde allí entablar combate, ya que había

---

[126] Cf. nota a III 282.

[127] Monte de 881 metros de altura al sur de Siquem. Los samaritanos edificaron aquí su templo tras separarse del culto de Jerusalén; cf. I 63 y ABEL, *Géographie...*, I, págs. 360-370.

[128] Josefo muestra aquí, como en otros pasajes (II 232 ss., *Antigüedades* IX 290-291), una aversión a los samaritanos, que era tradicional en todos los judíos; cf. nota a I 64 y R. J. COGGINS, «The Samaritans in Josephus», en L. H. FELDMAN y G. HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, Detroit, 1989, págs. 257-273.

[129] Sexto Cereal Vetuleno, que desempeñará un destacado papel más adelante contra los idumeos, IV 552-555, y en la toma de Jerusalén, VI 131 y 237.

muchos enemigos en la parte superior. Por ello, rodeó con su ejército toda la falda del monte y montó guardia durante todo el día. Pero, cuando los samaritanos ya no tenían agua, 312
sobrevino un terrible calor, pues era verano y la muchedumbre no estaba provista de lo necesario. Como conse- 313
cuencia de ello, algunos murieron de sed ese mismo día y muchos prefirieron la esclavitud a esta forma de muerte y se entregaron a los romanos. A través de esta gente Cereal se 314
enteró de que los que aún permanecían allí reunidos estaban deshechos por las desgracias. Subió a la montaña y colocó sus tropas en círculo en torno a los enemigos: en primer lugar les exhortó a llegar a un acuerdo de paz y les invitó a salvarse mediante la promesa de seguridad para los que entregaran sus armas. Pero como no le obedecieron se lanzó 315
sobre ellos y mató a todos, un total de once mil seiscientos hombres. Estos hechos tuvieron lugar el día vigésimo séptimo del mes de Daisio[130]. Tal fue la desgracia que padecieron los samaritanos.

Toma de Jotapata

Entretanto[131] los habitantes de Jotapata 316
ta aguantaban y resistían la adversidad contra toda esperanza, pero en el día cuadragésimo séptimo los terraplenes romanos alcanzaron la altura de la muralla. En esa misma fecha un judío desertó y le informó a Vespasiano 317
de la poca gente que había en la ciudad y de su debilidad. Le comentó que estaban agotados por la continua falta de 318
sueño y por los sucesivos combates, y que a causa de ello no serían capaces de hacer frente a otro ataque, por lo cual se les podría coger con alguna estratagema, si iban a por

[130] Según el cálculo de NIESE, en su edición *ad loc.*, el 15 de julio del año 67 d. C.; cf. nota a III 282.

[131] Josefo reanuda ahora la narración de los hechos de III 288.

319 ellos. Le decía que aproximadamente en la última guar-
dia[132], cuando creen que remiten sus males y cuando el sue-
ño de madrugada se apodera intensamente de los que ya es-
tán cansados[133], los guardias se quedaban dormidos, y por
320 ello le aconsejó atacar en ese momento. No obstante, el de-
sertor era sospechoso para Vespasiano, porque conocía la
fidelidad que los judíos se tenían entre ellos y el desprecio
321 que sentían a los castigos[134]. Pues ya antes un prisionero de
Jotapata había soportado toda la crueldad de los tormentos y
se rió de la muerte, cuando fue crucificado, sin haber revela-
do nada de lo que ocurría dentro de la ciudad a los enemigos
322 que le interrogaban con fuego. No obstante, la verosimilitud
de los hechos daba crédito al traidor. El propio Vespasiano
creyó que tal vez aquél dijera la verdad y que, aunque aque-
llo fuera un engaño, sin embargo no por ello iba a correr un
gran riesgo. En consecuencia, ordenó vigilar a este indivi-
duo y dispuso el ejército para tomar la ciudad.

323 A la hora fijada se dirigieron a la muralla en silencio.
324 Tito fue el primero que se subió a ella con Domicio Sabino,
uno de sus tribunos, y con unos pocos soldados de la legión
325 decimoquinta. Tras matar a los centinelas, entraron en la

[132] Los romanos dividían la noche en cuatro *vigiliae,* es decir, en cuatro turnos de guardia militar de tres horas cada uno de ellos. En esta época los judíos seguían este cómputo de las horas nocturnas, como lo testimonia el *Nuevo Testamento (Mateo* 14, 25, o *Marcos* 13, 35), si bien en origen los hebreos se guiaban por un sistema de tres vigilias solamente *(Éxodo* 14, 24, o *I Samuel* 11, 11).

[133] Algunos autores, como THACKERAY, han visto aquí y un poco más adelante, en III 325 y 327, reminiscencias épicas de la toma de Troya relatada por VIRGILIO, *Eneida* II 265-267; cf. el apartado 6 de la Introducción.

[134] Esta actitud de desprecio hacia la muerte ha sido tradicional en el enfrentamiento de los judíos frente a los poderes opresores, como muy bien lo demuestra el caso de los Macabeos y alguno de los opositores al reinado de Herodes; cf. nota a II 153.

ciudad, y detrás de ellos un tal Sexto Calvario, que era tribuno, y Plácido introdujeron a los hombres que estaban a sus órdenes. A pesar de que la ciudadela ya había sido to- 326
mada, de que los enemigos se hallaban en medio de ella y de que ya había amanecido, sin embargo los vencidos no se percataban de que la ciudad había sido conquistada. Pues la 327
mayoría de ellos estaban deshechos por la fatiga y el sueño, y una densa niebla, que daba la casualidad de que entonces se había extendido por la localidad, cegaba la vista de los que estaban despiertos. Hasta que al final, cuando todo el 328
ejército había entrado en la ciudad, sus habitantes se levantaron, pero solamente para darse cuenta de sus desgracias, y sólo se convencieron de que la ciudad había sido conquistada en el preciso momento de ser ejecutados. Los romanos no tu- 329
vieron compasión ni piedad por nadie, en recuerdo de lo que habían sufrido en el asedio, sino que empujaban a la gente por la cuesta de la ciudadela y los iban matando. En este lugar, las 330
dificultades del terreno impedían que se defendieran los que aún podían luchar. Pues, efectivamente, al apiñarse en calles estrechas y resbalar por la pendiente, se vieron arrastrados por la ofensiva que se precipitaba desde la ciudadela. Esto llevó a 331
suicidarse incluso a muchos de los soldados escogidos de Josefo. Como veían que no podían matar a ningún romano, se adelantaron para no caer en manos enemigas y, reunidos en la parte extrema de la ciudad, se dieron a sí mismos la muerte.

Todos los guardias que se apresuraron a huir, nada más 332
darse cuenta de que la ciudad había sido tomada, subieron a una de las torres de la zona norte y allí se defendieron durante un cierto tiempo[135]. Pero más tarde, cuando fueron rodeados por una multitud de enemigos, se rindieron y llenos de valor

---

135 Como se ha dicho en III 162 los romanos entraron por la parte norte de la ciudad, ya que ésta era la única zona accesible entre los barrancos y pendientes que la rodeaban; cf. III 158.

333 ofrecieron su cuello a los opresores. Los romanos podrían haberse jactado de haber concluido el asedio de la ciudad sin derramamiento de sangre entre sus hombres, si no hubiera perecido uno solo de ellos en el asalto, el centurión Antonio,
334 que murió a causa de un engaño. Uno de los muchos judíos que se habían escondido en las cuevas pidió a Antonio que le tendiera la mano derecha como prueba de protección y para
335 ayudarle a salir fuera de la cueva. Antonio, sin tomar precauciones, le da la mano, mientras el otro rápidamente le hiere con la lanza por debajo de la ingle y al instante lo mata.

336 Aquel día los romanos ejecutaron a todos los que estaban a la vista. Los días siguientes buscaron los escondites y fueron contra los que estaban en los subterráneos y en las cuevas, sin respetar ninguna edad, excepto a los niños pe-
337 queños y a las mujeres. Hicieron mil doscientos prisioneros de guerra y los muertos de la toma de la ciudad y de las
338 contiendas previas alcanzó el número de cuarenta mil. Vespasiano dio la orden de demoler la ciudad y quemar todas
339 sus fortificaciones. Esta fue la conquista de Jotapata, que tuvo lugar en el año decimotercero del reinado de Nerón, en el primer día del mes de Panemo[136].

Josefo se esconde en una cueva. Los romanos le descubren

340 Los romanos iban a la caza de Josefo, rebuscaban entre los cadáveres y en los lugares ocultos, por el odio que sentían hacia él y porque su general tenía grandes deseos de ello, ya que, si se le capturaba, se solucionaría la mayor parte de la gue-
341 rra. Sin embargo, durante la toma de la ciudad Josefo se ha-

[136] En el calendario macedónico este mes equivalía al hebreo Tammuz, es decir, parte de nuestros junio y julio. Según reseña Niese en su edición, este día sería el 20 de julio del 67 d. C.. Sobre el desfase de fechas entre el comienzo y el final del asedio, véase nota a III 142.

bía escapado de en medio de los enemigos mediante cierta colaboración sobrenatural[137] y había saltado al interior de una profunda cisterna, con la que estaba comunicada por uno de sus lados una amplia cueva que no era visible desde arriba. En este lugar halló escondidos a cuarenta personajes 342
destacados y una provisión de víveres suficiente para bastantes jornadas. Por el día Josefo permanecía allí oculto, 343
mientras los enemigos se distribuían por toda la ciudad. Por la noche, en cambio, salía fuera a buscar la forma de huir y observaba a los guardias. Pero, como no era posible pasar desapercibido, dado que había vigilancia en todos los sitios por su culpa, bajaba de nuevo a la cueva. Estuvo así en se- 344
creto durante dos días, pero al tercero, al ser capturada una de las mujeres que estaba con ellos, fue delatado y Vespasiano al instante envió a toda prisa a dos tribunos, Paulino[138] y Galicano, con la orden de ofrecer garantías a Josefo y recomendarle que se fuera de la ciudad.

Una vez que llegaron estos tribunos, dieron tales conse- 345
jos a Josefo y le prometieron seguridad personal, pero éste no se dejó convencer. Él tenía sus sospechas no por la natu- 346
raleza pacífica de las personas que le exhortaban, sino porque era natural que él sufriera las consecuencias por todo lo que había hecho y, por eso, temía que le quisieran castigar. Hasta que Vespasiano le envió a un tercer tribuno, Nicanor[139], conocido de Josefo y amigo suyo desde hacía tiem-

[137] Constantemente Josefo está recurriendo a la intervención de fenómenos sobrenaturales en su narración, si bien, de acuerdo con su propia teología, hay que entender aquí una clara manifestación de la intervención divina en el desarrollo de esta historia.

[138] Tal vez, siguiendo la nota de Reinach, se trate de Valerio Paulino, amigo de Vespasiano, que, según Tácito (*Historias* III 43), en el año 69 fue gobernador de la Galia Narbonense.

[139] En V 261 se hablará con más detalle de este personaje, que caerá herido con Josefo en la toma de Jerusalén.

347 po. Cuando este personaje llegó ante él, le expuso la natural bondad de los romanos con aquellos que antes han sometido; también añadió que él, por su valor, causaba a los jefes
348 romanos admiración más que odio, y que el general deseaba sacarlo de allí no para castigarlo, pues podría hacerlo aunque no saliera fuera, sino porque prefería salvar a un valien-
349 te. Le dijo, además, que Vespasiano no le habría mandado un amigo, si pretendiera tenderle una trampa, para que así lo más bello que existe, la amistad, se pusiera al frente de la peor acción de todas, es decir, la perfidia, ni él mismo habría accedido a venir para engañar a un amigo.

350 Mientras Josefo dudaba ante las palabras de Nicanor, el ejército, en un arrebato de furor, se dispuso a prender fuego a la cueva, pero el comandante se lo impidió, ya que había
351 puesto todo su empeño en cogerlo vivo. Mientras Nicanor seguía insistiendo en sus peticiones, Josefo se dio cuenta de las amenazas de la turba enemiga y le vino a la mente el recuerdo de uno de los sueños que había tenido por la noche, por medio del cual Dios le había anunciado las desgracias que iban a ocurrirles a los judíos y el futuro de los sobera-
352 nos romanos[140]. En la interpretación de los sueños Josefo era capaz de entender lo que Dios expresaba de una forma ambigua. Conocía bien las profecías de los libros sagrados, puesto que él mismo era sacerdote y descendía también de
353 sacerdotes. Así, inspirado por Dios en aquel momento, recordó las terroríficas visiones de los sueños últimos y diri-
354 gió a Dios una plegaria secreta con estas palabras: «Ya que has decidido aplastar a la raza judía, tú que eres su creador, ya que toda la Fortuna se ha puesto del lado de los roma-

140 Sobre la importancia de los sueños en la obra de Josefo, vid. nota a I 328.

nos[141], y has elegido mi alma para revelar el futuro, me rindo voluntariamente y conservo la vida, y te pongo a ti por testigo de que no lo hago como traidor, sino como servidor tuyo[142]».

Tras decir esto, se entregó a Nicanor. Pero cuando los 355
judíos, que estaban escondidos con él en la cueva, se dieron cuenta de que Josefo cedía a las peticiones de los romanos,
se congregaron todos en torno a él y le gritaron: «¡Ay!, mu- 356
cho se lamentarán las leyes de nuestra patria, y Dios, que creó en los judíos un alma que desprecia la muerte, se sentirá decepcionado. ¡Ay Josefo!, amas la vida, pero ¿cómo so- 357
portas ver la luz como un esclavo? ¡qué pronto te has olvidado de ti mismo! ¡A cuánta gente has convencido para
morir en defensa de la libertad! Tienes una falsa fama de 358
valiente, y también de persona inteligente, si esperas conservar tu vida entre aquéllos contra los que tanto has luchado, y si llegas a aceptar de ellos la salvación, en el caso de
que esto fuera seguro. Pero si la Fortuna de los romanos ha 359
hecho que tú te olvides incluso de ti mismo, nosotros hemos de mirar por la gloria de nuestra patria. Te daremos una mano y una espada. Si tú mueres voluntariamente, lo harás como general de los judíos, pero si lo haces obligado, morirás como un traidor». Nada más decir estas palabras, levan- 360

[141] Como hemos señalado en la Introducción, apartado 5, es ésta una de las frases que mejor recoge la «teología» flaviana sobre el Destino. En este caso concreto se personifica la Fortuna en una súplica dirigida al Dios judío.

[142] Con estas palabras Josefo se identifica con Jeremías. La postura de este profeta parecía la de un partidario de Babilonia, aunque en realidad era la de un mensajero del castigo que Dios tenía preparado contra los pecados de Israel por medio de los babilonios. Ahora nuestro autor quiere demostrar que no es partidario de Roma, sino mero transmisor del futuro que aguarda a los judíos.

taron las espadas y amenazaron con matarlo, si se rendía a los romanos.

Discurso de Josefo a sus compañeros

361 Josefo, que temía ser atacado y que creía que traicionaría las órdenes de Dios, si moría antes de anunciarlas, empezó a hacerles las siguientes reflexiones filosó-
362 ficas en esta extrema situación: «Compañeros, ¿por qué nos empeñamos tanto en matarnos entre nosotros? ¿Por qué vamos a separar dos elementos que se aman
363 tanto, a saber, el cuerpo y el alma? Alguno dirá que yo he cambiado. Bien saben esto los romanos. Es hermoso morir en la guerra, pero según lo mandan las leyes militares,
364 es decir, a manos de los vencedores. Ahora bien, si evito el hierro de los romanos, verdaderamente merezco yo mismo darme la muerte con mi propia mano y con mi propia espada. En cambio, si aquéllos están dispuestos a perdonar a un enemigo, ¿cómo no va a ser más justo que nos perdonemos los unos a los otros? En realidad es una insensatez que nosotros mismos llevemos a la práctica aquello por cuya causa
365 luchamos contra nuestros adversarios. Pues es bello perder la vida por la libertad, yo también opino lo mismo, aunque, eso sí, cuando luchamos y cuando morimos a manos de los que nos la quitan. Pero ahora, ni los enemigos están frente a nosotros en la batalla ni nos van a matar. Es igualmente cobarde aquel que no quiere morir, cuando debe, como aquel
366 que lo desea, cuando no es necesario. ¿Cuál es el temor que
367 nos impide acudir ante los romanos? ¿Acaso no será la muerte? ¿Entonces nos vamos a imponer a nosotros mismos ese castigo que tememos y que sospechamos que nos impondrán nuestros enemigos? Pero alguien dirá que esto es la esclavitud. ¡Realmente ahora somos muy libres! Otro dirá que
368 lo noble es matarse a sí mismo. No es así, sino que es lo más

innoble de todo. De igual forma yo, por mi parte, considero que el piloto más cobarde es aquel que por temor a la tempestad hunde voluntariamente su barco antes de la tormenta. Pero, realmente, el suicidio es contrario a la naturaleza de 369
todo el conjunto de los seres vivos y es un acto de impiedad contra Dios, que es nuestro creador. No hay ningún viviente 370
que se quite la vida premeditadamente o por sí mismo. En todos ellos el deseo de vivir es una firme ley natural. Por eso consideramos enemigos a los que abiertamente nos despojan de la vida y castigamos a los que lo hacen con traición. ¿Pensáis que Dios no se enfada, cuando un hombre 371
desprecia el don que él le ha concedido? Pues de Dios hemos recibido la existencia y, a su vez, de él depende que dejemos de existir. Todos nosotros tenemos cuerpos morta- 372
les, hechos de materia que se corrompe, mientras que el alma es siempre inmortal y es como una parte de Dios que habita en nuestros cuerpos[143]. Así, si uno hace desaparecer o administra mal lo que un hombre le ha dejado en depósito, será tenido por un malvado y por una persona no de fiar, pero si uno expulsa de su cuerpo el depósito confiado por Dios, ¿creerá que va a pasar desapercibido a aquel a quien ha ofendido? Se considera justo castigar a los esclavos, que 373
se han escapado, aunque huyan de unos amos malvados, y en nuestro caso, ¿no pareceremos impíos, si abandonamos a Dios, el mejor de todos los señores? ¿Es que no sabéis que 374
los que abandonan esta vida, de acuerdo con la ley de la naturaleza, y devuelven el préstamo que han recibido de Dios, cuando el que se lo ha dado quiere recuperarlo, recibirán una gloria eterna, sus casas y sus familias estarán seguras y sus almas permanecerán limpias y sumisas, pues obtendrán

[143] Esta idea, que coincide con la expuesta en la doctrina de los esenios (II 154 ss.), bebe seguramente de una fuente pitagórica y platónica.

en el cielo un lugar muy sagrado, desde donde volverán de nuevo a habitar en cuerpos purificados por el continuo re-
375 torno de las edades?[144]. En cambio, las almas de todos los que, por locura, han utilizado sus manos contra sí mismos serán recibidas por el tan tenebroso Hades[145], y su padre Dios castigará a sus hijos por las ofensas de sus progenito-
376 res. Por ello Dios odia este acto y es castigado por el más
377 sabio de los legisladores[146]. Entre nosotros está establecido que sean dejados fuera sin sepultar hasta la puesta del sol aquellos que se hayan suicidado[147], mientras que se consi-
378 dera lícito enterrar incluso a los enemigos[148]. Otros pueblos ordenan cortar a los cadáveres de tales personas la mano derecha, con la que han atentado contra sí mismos, pues creen que de la misma manera que el cuerpo se ha hecho ajeno al

[144] Esta creencia en una nueva vida después de la muerte se repite con palabras similares en el tratado *Contra Apión* II 218 al hablar de los castigos y las recompensas de la ley. La doctrina farisea sobre el más allá coincide en gran parte con esta idea; cf. II 163.

[145] En nota a II 165 ya hemos hablado de la relevancia de este término de la ultratumba griega en la narración de Josefo.

[146] Es decir, Moisés, el legislador por excelencia del pueblo judío; cf. II 145. No obstante, Ricciotti, en el comentario a la traducción italiana, sugiere la hipótesis de que tal vez este «legislador» no sea Moisés, sino Platón, habida cuenta de la similitud con la normativa sobre el entierro de un suicida expuesta en las *Leyes*, IX 873 del filósofo griego.

[147] El *Deuteronomio* no da ninguna prescripción acerca del suicidio, por lo cual Thackeray, en su comentario *ad loc.*, sugiere que en este punto Josefo está siguiendo una fuente rabínica. No obstante, en las rebeliones judías anteriores se han detectado ya casos de personajes destacados que se han suicidado, tal es el caso de Razis ante Nicanor y Judas (*II Macabeos* 14, 41-46), o que han mostrado su disposición a hacerlo, según hemos visto en aquellos que se oponían radicalmente a la colocación de las estatuas de Calígula en el Templo (II 197); cf. L. D. Hankoff, «The theme of suicide in the works of Flavius Josephus», *Clio Medica* 11 (1976), 15-24.

[148] Cf. *Josué* 8, 29 y 10, 27.

alma, así también la mano lo ha de ser del cuerpo[149]. Com- 379
pañeros, conviene que razonemos con justicia y que no aña-
damos a las desgracias humanas la ofensa contra nuestro
creador. Si los romanos nos permiten conservar la vida, ha- 380
gámoslo, pues no es una deshonra recibir la salvación de
aquellos a quienes hemos demostrado nuestro valor por
medio de tantas acciones. En cambio, si deciden matarnos,
es hermoso hacerlo a manos de nuestros vencedores. Yo no 381
me pasaré a las filas enemigas para no traicionarme a mí
mismo. En ese caso sería más imprudente que los desertores
que se pasan al adversario: pues mientras ellos lo hacen pa-
ra salvarse, yo lo hago para encontrarme con mi propia des-
trucción. Sin embargo, ojalá que los romanos me estén ten- 382
diendo una trampa, porque, si me matan, después de haber
hecho un acuerdo con ellos, moriré con alegría y me llevaré
la perfidia de los que me han engañado como consuelo más
importante que una victoria.»

Muchos razonamientos de este tipo expresó Josefo para 383
evitar que se suicidaran. Pero ellos, que por la desesperación 384
ya no escuchaban nada, como personas que desde hace tiempo
se habían entregado a la muerte, se encendieron contra él. Co-
rrieron hacia Josefo, unos por un lado y otros por otro, con sus
espadas en la mano, le echaron en cara su cobardía y parecía
evidente que cada uno de ellos iba a golpearle de inmediato.
Pero Josefo llamó a uno por su nombre, a otro le miró con los 385
ojos de jefe, a otro le cogió de la mano derecha, a otro le hizo
avergonzarse con sus súplicas y, aturdido por todo tipo de sen-
timientos en tal estado de necesidad, consiguió apartar de su
cuello la espada de todos. Hizo frente, a un lado y a otro, a los
que iban a por él, como suelen hacer las fieras cuando se ven

---

[149] Esta costumbre parece ser algo habitual entre los atenienses, según transmite el discurso de ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 244.

386 rodeadas. Pero sus soldados, que incluso en las circunstancias extremas sentían respeto por su general, bajaron sus brazos, dejaron deslizar sus espadas y muchos de los que habían levantado contra él sus armas las soltaron de forma espontánea.

387 En esta situación apurada, a Josefo no le faltó inventiva: puso su confianza en la ayuda de Dios y arriesgó su salva-
388 ción con estas palabras: «Dado que hemos decidido morir, venga, dejemos que la suerte determine cómo hemos de ma-
389 tarnos los unos y los otros. El que en el sorteo sea designado el primero caerá a mano del que salga el segundo, y así el destino pasará por todos nosotros y nadie perecerá por su propia mano. Pues no sería justo que, cuando los demás hayan muerto, alguno cambiara de opinión y se quedara vivo.» Con esta propuesta les pareció que decía la verdad. Una vez conven-
390 cidos, se sometió a sorteo con ellos. La persona señalada por la suerte ofrecía su cuello al que era elegido detrás de él, con la convicción de que también iba a morir enseguida el general. Sus soldados pensaban que la muerte con Josefo sería más
391 dulce que la vida. Sin embargo, Josefo quedó el último con otro; tal vez haya que hablar del Destino, tal vez de la Providencia divina[150]. No quería ser condenado por la suerte ni manchar su mano con el asesinato de un compatriota, en caso de que le tocara a él al final; por ello convenció al otro para que también conservara la vida mediante un juramento.

Josefo se entrega a los romanos

392 De esta forma Josefo escapó de la guerra contra los romanos y contra sus propios compañeros y fue conducido por Ni-
393 canor ante Vespasiano. Todos los romanos fueron corriendo a verle. Era de muy diversa índole el tumulto de la muchedumbre que se agolpaba

[150] Vuelve a repetirse la equiparación de la Fortuna, en sentido clásico, con la Providencia divina, en sentido judío; cf. nota a III 354.

en torno al general: unos se alegraban de que lo hubieran cogido, otros le amenazaban y otros se empujaban para verlo
más de cerca. Los que se hallaban lejos gritaban que se cas- 394
tigara al enemigo, y los de cerca recordaban sus hazañas y se
quedaban maravillados ante el cambio de su suerte. No había 395
ningún oficial que, aunque antes hubiera estado airado contra
él, no aplacara su cólera al verlo en este momento. La firme- 396
za de Josefo en las adversidades llamó sobre todo la atención de Tito de una manera extraordinaria y se sintió compadecido por su edad [151]. Al recordar al que antes había luchado y al ver al que ahora acababa de caer en las manos enemigas, tuvo la ocasión de reflexionar sobre el poder del Destino, sobre lo rápido que se suceden los acontecimientos de la guerra y
la inseguridad de los hechos humanos. Por ello Tito en aquel 397
momento hizo que la mayor parte de los romanos se compadeciera de Josefo junto con él, y la intervención ante su pa-
dre influyó decisivamente en su salvación. Sin embargo, 398
Vespasiano ordenó custodiarle con toda vigilancia, pues tenía la idea de enviarlo enseguida a Nerón [152].

Josefo ante Vespasiano. Su profecía

Cuando Josefo oyó esto último, le di- 399
jo que quería hablar con él a solas. Una vez que Vespasiano mandó salir a todos los demás, excepto a su hijo Tito y a dos
amigos, dijo Josefo: «Tú, Vespasiano, crees 400
que con Josefo has capturado sólo a un prisionero de guerra;

---

[151] Josefo tenía en este momento treinta años, de acuerdo con la fecha de su nacimiento señalada en *Autobiografía* 5.

[152] El envío ante el emperador de prisioneros destacados era un hecho habitual en Palestina. En II 243 ss. hemos visto el caso de los judíos, entre los que se hallaban los sumos sacerdotes Jonatán y Ananías, enviados por Cumano ante Claudio, o el caso del propio San Pablo reseñado en la nota a II 308.

pero yo vengo ante ti como un mensajero de hechos importantes. Pues si yo no hubiera sido enviado por Dios, sabría lo que prescribe la ley de los judíos y cómo debería morir
401 un general. Me envías a Nerón. ¿Por qué? Después de Nerón no quedará ningún sucesor hasta llegar a ti. Tú, Vespasiano, serás César y emperador, y también lo será tu hijo
402 que está aquí presente. Encadéname con mayor seguridad y consérvame junto a ti. Pues tú, César, no sólo eres dueño mío, sino también de la tierra y del mar y de todo el género humano. Y yo, te pido que me castigues con una prisión
403 más severa, si oso bromear con las palabras de Dios.» Cuando acabó de hablar, Vespasiano al principio no creyó a Josefo y
404 pensó que había inventado esto para salvarse. Pero, poco a poco, empezó a darle crédito, pues Dios había suscitado en él el deseo del mando y le había mostrado el cetro del poder
405 por otras señales[153]. Además comprobó que Josefo había acertado en otras predicciones. Uno de los amigos de Vespasiano, que había estado en esta conversación secreta, dijo que se asombraba de que Josefo no hubiera profetizado a los habitantes de Jotapata la destrucción de la ciudad ni su propia captura como prisionero de guerra, a no ser que en este caso se tratara de una invención para evitar el castigo

[153] TÁCITO, *Historias* I 10, II 1 y V 13, y SUETONIO, *Vespasiano* 4, confirman la existencia de estas predicciones en Oriente. El mesianismo judío, que estaba en plena efervescencia en esta época, insistía a través de ambiguas profecías en la llegada de una nueva monarquía y de un nuevo reino. Flavio Josefo interpreta en su propio beneficio estos oráculos, a los que otros grupos judíos darán un sentido bastante distinto a éste. No obstante, la tradición rabínica menciona a otro judío que también habría predicho el futuro gobierno de Vespasiano, Yohanan ben Zakkai. Este individuo, que saludó a Vespasiano como emperador, obtuvo de él permiso para fundar una escuela rabínica en Jamnia; cf. H. R. MOEHRING, «Joseph ben Mattia and Flavius Josephus: the Jewish prophet and Roman historian», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 21.2 (1984), 864-944.

que le venía encima. Pero Josefo respondió que él había 406
anunciado que Jotapata sería tomada después de cuarenta y siete días y que él mismo sería cogido vivo por los romanos. Vespasiano, después de interrogar individualmente a los 407
prisioneros sobre estos hechos, vio que era verdad y, de esta forma, empezó a creer en las predicciones que había formulado sobre él. No obstante, Vespasiano no liberó a Josefo ni 408
de la vigilancia ni de las cadenas, sino que le regaló ropa y otros objetos de valor. Le trataba con afecto y atención, mientras que Tito colaboraba mucho con él en estas consideraciones.

Vespasiano en Cesarea Marítima y Escitópolis. Fin de los piratas judíos de Jope

El cuarto día del mes de Panemo[154] 409
Vespasiano levantó el campamento y se dirigió a Ptolemaida, y de allí a la ciudad costera de Cesarea[155], la más grande de Judea, en su mayor parte habitada por griegos. La gente del lugar recibió al ejército 410
y al general con todo tipo de bendiciones y de muestras de afecto, por el aprecio que sentían hacia los romanos, pero, sobre todo, por el odio hacia los vencidos[156]. En consecuencia, toda la muchedumbre reunida pedía a gritos que se castigara a Josefo. Sin embargo, Vespasiano respondió con 411
el silencio a esta petición, que había sido formulada por una multitud incapaz de reflexionar. Dejó dos legiones[157] en Ce- 412
sarea para que pasaran allí el invierno, pues vio que esta ciudad era adecuada para ello, y envió la decimoquinta a Escitópolis, para no agobiar a Cesarea con todo el ejército.

---

[154] El 23 de julio del 67, según el cálculo de NIESE; cf. nota a III 339.

[155] Cesarea Marítima; cf. nota a I 80.

[156] Sobre las rivalidades entre judíos y gentiles en Cesarea Marítima, véase II 284-290.

[157] La V *Macedonica* y la X *Fretensis*; cf. III 65.

413 También esta última[158] ciudad es cálida en invierno, de la misma forma que en ella en verano hace un calor sofocante, por estar en una llanura cerca del mar.

414 Mientras tanto, los que habían sido desterrados de sus ciudades por sublevarse y los que habían huido de su destrucción se reunieron y formaron una gran multitud. Reconstruyeron Jope, que antes había sido devastada por Cestio[159], y
415 crearon allí su base de operaciones. Al ver que estaban separados del resto de la región, que era ya territorio enemigo,
416 decidieron salir al mar. Fabricaron un gran número de embarcaciones piratas y realizaron actividades de bandidaje en el trayecto que hay de Siria y Fenicia hasta Egipto[160]. De esta manera, convirtieron este mar en intransitable para todos.
417 Cuando Vespasiano tuvo noticia de esta actividad, envió a Jope soldados de infantería y de caballería, que entraron de
418 noche en la ciudad, pues ésta se hallaba desguarnecida. Sus habitantes se habían enterado previamente del ataque y, llenos de miedo, desistieron de hacer frente a los romanos. Se refugiaron en las naves y pasaron la noche lejos del alcance de los proyectiles.

419 Jope no tiene puerto natural, pues descansa sobre una costa abrupta. Toda ella se extiende en línea recta, excepto en sus extremos, donde tiene una ligera curva en cada uno
420 de sus lados. En estos dos puntos hay profundos acantilados y rocas que se adentran en el mar. Las marcas de las cade-

---

[158] El pronombre *kakeínē* no puede referirse más que a Cesarea, ya que Escitópolis no está cerca del mar. No obstante, REINACH cree que alude a Escitópolis, para lo que propone otra lectura del adjetivo *parálios*, «marítimo», «cerca del mar».

[159] Cf. II 507-508.

[160] Jope, la actual Jafa, puerto de Tel-Aviv, era el principal centro portuario de la costa de Palestina, hasta la construcción de Cesarea. Por ello constituía un importante punto estratégico en las rutas comerciales de Egipto con Siria y Fenicia; cf. ABEL, *Géographie...*, II, págs. 355 ss.

nas de Andrómeda, que aún se ven allí, testimonian la antigüedad de la leyenda[161]. Cuando el bóreas sopla de frente 421
contra la costa y entre las rocas levanta olas muy altas, su fondeadero se convierte en un lugar más peligroso que el alta mar[162]. En el momento en que los habitantes de Jope se en- 422
contraban fondeando en aquella zona, descargó sobre ellos un fuerte viento, que los marineros de aquel lugar llaman el «bóreas negro». Allí mismo algunas naves chocaron entre sí, otras 423
contra las piedras y muchas se esforzaban por hacer frente a las olas y adentrarse en alta mar, pues tenían miedo de la escarpada costa y de los enemigos que estaban en ella. Sin embargo, las olas, que alcanzaban gran altura, las hacían hundirse. No había posibilidad de huir ni de salvarse si se quedaban 424
allí: la fuerza del viento les echaba del mar, y la de los romanos de su ciudad. Se producían grandes lamentos, cuando colisionaban entre sí las embarcaciones, y un tremendo estrépito, cuando se resquebrajaban. De toda esta gente unos 425
murieron engullidos por las olas, y muchos arrastrados por los restos del naufragio. Algunos se adelantaron al mar y se quitaron la vida con su propia espada, como si ésta fuera una muerte más fácil de soportar. La mayoría de ellos, em- 426
pujados por las olas, se daban contra los peñascos, de modo que gran parte del mar estaba cubierto de sangre y la costa estaba llena de cadáveres, pues los romanos, que vigilaban la orilla, mataban a los judíos que llegaban a ella. El número 427
de muertos que el mar arrastró a tierra ascendió a cuatro mil

[161] La ubicación en Jope de este mito de Andrómeda está perfectamente atestiguado por las fuentes greco-latinas: Estrabón, XVI 2, 28; Plinio, *Historia natural* V 69; Pausanias, IV 35, 9, y San Jerónimo, *Comentario a Jonás* I 3.

[162] Literalmente, el griego *erēmías* significa «desierto», «lugar solitario», que en este contexto puede aludir tanto a una costa desierta como al hecho de estar aislado en alta mar.

doscientos. Los romanos tomaron la ciudad sin batalla y a
continuación la destruyeron totalmente.
428 De esta forma, en poco tiempo los romanos se apodera-
429 ron dos veces de Jope[163]. Para que los piratas no volvieran a
reunirse en esta ciudad, Vespasiano estableció un campa-
mento en la acrópolis y dejó allí la caballería y unos pocos
430 soldados de infantería. Estos últimos se quedarían en el lu-
gar con el fin de custodiar el campamento, mientras que la
caballería desolaría los alrededores y destruiría las aldeas y
431 pequeñas poblaciones próximas a Jope. Según lo ordenado,
estos soldados con sus recorridos diarios saquearon la re-
gión y la convirtieron en un completo desierto.

Jerusalén ante la noticia de la caída de Jotapata

432 Cuando se tuvo noticia en Jerusalén
del desastre de Jotapata, al principio la
mayoría no se lo creía, ya sea por la mag-
nitud de la desgracia o ya porque ninguno
de los que lo contaban había sido testigo
433 ocular de los hechos. No hubo nadie que se salvara para
contar lo ocurrido, sino que fue el rumor, que por naturaleza
es aficionado a contar las noticias más tristes, el que divulgó
434 de forma espontánea la toma de la ciudad[164]. No obstante,
poco a poco, la verdad se extendió por las poblaciones veci-
nas y para todos la noticia fue ya más cierta que dudosa.
Además, a lo ocurrido se añadieron otros hechos que no
habían tenido lugar, pues se decía que también Josefo había
435 muerto en la toma de la ciudad. Este anuncio llenó de un
inmenso dolor a Jerusalén. A los muertos se los lloraba en
las casas y en las familias a las que cada uno de ellos perte-

[163] La primera vez fue Cestio el que tomó esta ciudad; cf. II 507-508.

[164] Como ya comentamos en I 371 tal vez nos encontremos también aquí con una reminiscencia virgiliana, *Eneida* IV 173-190, donde la Fama o Rumor aparecen personificados.

necía. En cambio, para el general el duelo fue público: unos 436
lloraban a sus huéspedes, otros a sus parientes, otros a sus amigos, pero todos lloraban a Josefo. Treinta días duraron 437
los llantos fúnebres en la ciudad[165], y muchísima gente contrató a flautistas para que acompañaran sus cantos fúnebres[166].

Cuando con el tiempo se descubrió la verdad y se vio 438
que los sucesos de Jotapata eran tal y como habían ocurrido, pero que la muerte de Josefo había sido una invención, y cuando se enteraron de que estaba vivo, de que se hallaba con los romanos y de que recibía de los oficiales un trato más afortunado del que correspondía a un prisionero de guerra, se irritaron entonces contra él, ahora que estaba vivo, tanto como el afecto que antes habían sentido por él, cuando creían que estaba muerto. Unos le acusaban de cobardía, 439
otros de traición, y la ciudad estaba llena de indignación y de injurias contra él. Estaban irritados por las derrotas y, 440
además, encendidos por las calamidades. La desgracia, que a las personas sensatas suele llevarles a ser prudentes y a tomar precauciones ante hechos similares, sin embargo para aquéllos se convirtió en un estímulo para otras catástrofes y el final de sus males fue de nuevo el comienzo de otras desgracias. De esta forma tenían aún más deseos de ir contra 441
los romanos, pues pensaban que al vengarse de ellos se vengarían también de Josefo. Tal era la agitación que se 442
había apoderado de los habitantes de Jerusalén.

---

[165] Según la costumbre judía, el luto ordinario era de siete días (*Génesis* 50, 10, o *Eclasiástico* 22, 12), mientras que cuando se trataba de una personalidad importante el período de duelo llegaba a treinta días. Así lo testimonia *Números* 20, 29, para Aarón, y *Deuteronomio* 34, 8, para Moisés.

[166] Estas ruidosas manifestaciones del duelo popular eran frecuentes en Palestina; cf., por ejemplo, la escena de la resurrección de la hija de Jairo en *Mateo* 9, 23.

Vespasiano es recibido por el rey Agripa. Rebelión de Tariquea y Tiberíades

443 Vespasiano levantó el campamento y se trasladó de la Cesarea Marítima a la llamada Cesarea de Filipo para visitar el reino de Agripa[167]. El rey le había llamado porque tenía previsto recibir al general y a su ejército con la magnificencia propia de su casa real y, a la vez, poner fin
444 con su ayuda a los males de su reino. Permitió que su ejército descansara allí durante veinte días, y él mismo participó en banquetes e hizo sacrificios a Dios para dar gracias por el
445 éxito de sus empresas. Cuando le llegó la noticia de la revuelta de Tiberíades y de que Tariquea se había sublevado —ambas ciudades formaban parte del reino de Agripa—, Vespasiano, que había tomado la decisión de someter a los judíos en todos los lugares, pensó que era el momento oportuno de enviar contra ellos una expedición militar. Y también lo hacía por Agripa, pues reprimiría la insurrección de estas
446 ciudades, para así corresponder a su hospitalidad. Envió a su hijo Tito a Cesarea para trasladar su ejército desde allí a Escitópolis, la ciudad más importante de la Decápolis y próxima a
447 Tiberíades[168]. El propio Vespasiano también acudió allí, recibió a su hijo y con tres legiones avanzó hasta acampar a treinta estadios de Tiberíades, en un lugar elevado, perfecta-

---

[167] Los territorios que formaban este reino han sido definidos en III 57. Sobre Cesarea de Filipo, cf. II 168.

[168] La Decápolis era un grupo de diez ciudades, casi todas helenísticas, de la Transjordania, que PLINIO, *Historia natural* V 18, enumera como Damasco, Filadelfia, Rafana, Escitópolis, Gadara, Hipo, Dión, Pela, Gerasa y Canata. No obstante, según ABEL, *Géographie...*, II, págs. 14 ss., es posible que en lugar de Rafana fuera Abila. Alejandro Janeo incorporó este territorio al reino judío, hasta que Pompeyo le concedió la libertad y lo puso bajo la tutela del gobernador de Siria; cf. H. BIETENHARD, «Die syrische Dekapolis von Pompeius bis Traian», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 8, 1977, págs. 220-261. Escitópolis se hallaba a unos 40 kilómetros al sur de Tiberíades.

mente visible por los rebeldes, llamado Sennabris[169]. Mandó, 448
entonces, al decurión Valeriano con cincuenta jinetes para
parlamentar sobre la paz con los habitantes de la ciudad e
instarles a un pacto. Pues él había oído que el pueblo ansiaba
la paz, pero que andaba revuelto porque algunos le obligaban
a luchar. Valeriano se acercó a la muralla, bajó del caballo e 449
hizo que sus jinetes hicieran lo mismo para que no diera la
impresión de que habían ido allí a sostener una escaramuza.
Pero antes de que empezaran a hablar, los rebeldes más desta-
cados salieron con sus armas contra él. Al frente de ellos iba 450
un individuo llamado Jesús, hijo de Safias[170], el jefe más im-
portante de la banda de ladrones. Valeriano creyó que no era 451
conveniente entablar combate en contra de las órdenes de su
general, aunque la victoria era segura, y pensó que era arries-
gado enfrentarse con unos pocos hombres contra tanta gente,
que estaba tan bien preparada, mientras que ellos no lo esta-
ban. Asombrado, además, de la inesperada audacia de los ju- 452
díos, huyó a pie y otros cinco de sus jinetes también abando-
naron sus caballos, que los hombres de Jesús llevaron a la
ciudad llenos de alegría, como si se hubieran apoderado de
ellos en la batalla y no por medio de una emboscada.

Los ancianos del pueblo y los ciudadanos de mayor pres- 453
tigio huyeron, asustados, al campamento romano. Se gana- 454
ron el apoyo del rey y acudieron como suplicantes a postrar-
se ante Vespasiano para pedirle que no les despreciara y que
no considerara la locura de unos pocos como obra de toda la
ciudad, sino que perdonara al pueblo, que siempre había sido 455
amigo de los romanos, y castigara a los culpables de la re-
vuelta, que les habían tenido prisioneros hasta ese momento,
porque ellos desde hacía tiempo estaban dispuestos a nego-

---

[169] Al suroeste del lago de Gennesar, cerca de Tariquea.

[170] Seguramente se trata del magistrado de Tiberíades citado en II 599 y en *Autobiografía* 66 y 134.

456 ciar con los romanos. El general accedió a sus peticiones, a pesar del enfado que tenía contra toda Tiberíades por el robo de los caballos, pues veía que Agripa estaba preocupado por
457 la ciudad. Cuando los ancianos y los notables llegaron a un acuerdo en nombre de su pueblo, Jesús y su banda, que ya no veían seguro permanecer en Tiberíades, huyeron a Tariquea.
458 Al día siguiente Vespasiano envió por delante a Trajano con unos jinetes a lo alto de un cerro para que se enterara de si
459 toda la población deseaba la paz. Cuando comprobó que el pueblo tenía los mismos sentimientos que los que habían acudido a suplicar a Vespasiano, avanzó con su ejército hacia la ciudad. La gente le abrió las puertas, salió a su encuen-
460 tro con vítores y le aclamó como salvador y benefactor. Como el ejército tuviera dificultades para entrar por la estrechez de las puertas, Vespasiano ordenó derribar una parte del lado sur de la muralla y así hizo más ancho el acceso para sus
461 hombres. Además, para contentar al rey, recomendó a los suyos que se abstuvieran de hacer saqueos y cometer actos violentos. Por este motivo no tocó las murallas, pues Agripa le había garantizado que su población permanecería fiel a los romanos a partir de ese momento. De esta manera revitalizó a la ciudad, que tanto había padecido con esta rebelión.

Tito ante la toma de Tariquea

462 A continuación Vespasiano siguió en su marcha y acampó entre Tiberíades y Tariquea[171]. Fortificó el campamento más que en otras ocasiones, pues sospechaba que la guerra se alargaría allí mucho tiem-
463 po. En efecto, todos los revolucionarios habían acudido a

[171] Tradicionalmente se ha situado Tariquea al sur del lago de Tiberíades, basándose en las ruinas de Majdal; cf. Abel, *Géographie...*, II 476 ss. No obstante, Reinach opta por ubicar a Tariquea al norte del lago; cf. sus argumentos en el comentario *ad loc.*

Tariquea, pues confiaban en sus defensas y en el lago que la
gente del lugar llamaba Gennesar. Esta ciudad, al igual que 464
Tiberíades, estaba situada al pie de una montaña y había sido
fuertemente amurallada por Josefo[172] por todos los lados me-
nos la parte que daba al lago, aunque con menor solidez que
Tiberíades. En los inicios de la revuelta Josefo había levanta- 465
do el muro de esta última ciudad cuando gozaba de abundante
dinero e influencia, mientras que Tariquea había obtenido
los restos de su prodigalidad[173]. Los habitantes de Tibería- 466
des tenían muchas embarcaciones preparadas en el lago para
refugiarse en ellas, en el caso de que fueran vencidos en tie-
rra firme, y, si fuera necesario, estaban perfectamente equi-
padas para entablar un combate naval. Cuando los romanos 467
estaban fortificando el campamento, Jesús y sus hombres[174],
sin temer el gran número ni la disciplina de los enemigos,
salieron contra ellos. En la primera incursión dispersaron a 468
los que estaban levantando las fortificaciones[175] y deshicie-
ron algunas de sus construcciones, pero, al ver que los sol-
dados romanos se agrupaban, se retiraron con los suyos an-
tes de que sufrieran ningún daño. Los enemigos fueron de-
trás de ellos y los empujaron hasta las embarcaciones. Los 469
judíos se adentraron en el lago hasta donde podían alcanzar
a los romanos con sus proyectiles, echaron las anclas, colo-
caron sus naves pegadas las unas contra las otras, como si se
tratara de un ejército en línea de batalla, y emprendieron
una batalla naval contra los enemigos que estaban en tierra.
Cuando Vespasiano se enteró de que la mayor parte de los 470

---

[172] Cf. II 573 y *Autobiografía* 188.

[173] Este pasaje entra en contradicción con el relato de *Autobiografía* 156, ya que allí se precisa que fue Tariquea la primera ciudad en ser fortificada.

[174] Cf. III 450 y 457.

[175] Cf. nota a III 117.

enemigos se había reunido en la llanura que hay delante de la ciudad, mandó allí a su hijo con seiscientos jinetes escogidos.

471 Pero Tito, al comprobar que era inmenso el número de los enemigos, envió un mensajero a su padre para que le comunicara la necesidad de un ejército mayor. Y cuando vio que la mayoría de sus jinetes deseaba atacar, incluso antes de que llegaran las tropas de refuerzo, y que había algunos que, aunque no decían nada, estaban asustados por la multitud de los judíos, él mismo se colocó en un lugar desde
472 donde se le pudiera escuchar y les dijo estas palabras: «Romanos, al comienzo de este discurso es bueno recordaros vuestra raza, para que sepáis quiénes sois y contra quiénes
473 vais a luchar. Ningún pueblo del mundo habitado ha escapado a nuestras manos[176], pero los judíos, para que también hagamos un elogio de ellos, hasta ahora no han sucumbido, a pesar de sus derrotas. Sería terrible que, mientras aquéllos soportan con firmeza las adversidades, nosotros nos relajá-
474 ramos en la prosperidad. Me alegro al ver el valor que demostráis, pero temo que el elevado número de enemigos
475 produzca un miedo encubierto en alguno de vosotros. Que tales personas vuelvan a pensar quiénes son y contra quiénes van a luchar, pues son judíos, y a pesar de su gran audacia y de su desprecio de la muerte, sin embargo son gente indisciplinada, con poca experiencia en la guerra y mejor sería llamarles muchedumbre desordenada que no ejército. ¿Qué necesidad hay de hablar de nuestra experiencia y de nuestra disciplina? Además, somos los únicos que incluso en tiempo de paz practicamos con las armas, para que en la guerra no tengamos que contar nuestros efectivos frente a

[176] Repite la idea central del discurso del rey Agripa II en el libro II 345-407.

los del enemigo[177]. ¿De qué nos serviría este continuo en- 476
trenamiento militar, si fuéramos a enfrentarnos en igualdad numérica a soldados que nunca se han ejercitado en esta práctica? Tened en cuenta también que vais a luchar bien 477
armados contra hombres equipados de forma ligera, jinetes frente a soldados de infantería, tropas dirigidas por un general frente a otras que no lo tienen. Pensad que estas ventajas aumentan vuestros efectivos, mientras que estos inconvenientes hacen que el número de los enemigos sea bastante inferior. El resultado de las guerras no depende del número 478
de los soldados, a pesar de que éstos sean combativos, sino de la valentía, aunque sea de unos pocos hombres. Pues estos últimos fácilmente pueden mantener el orden de batalla y ayudarse entre sí, mientras que las tropas demasiado numerosas reciben más daños de sus propios hombres que de los enemigos. A los judíos les guía la audacia, la osadía y la de- 479
sesperación, pasiones que cobran fuerza con la prosperidad, pero que desaparecen al menor contratiempo. A nosotros, en cambio, nos dirige el valor, la disciplina y la nobleza, que, aunque alcanzan su esplendor en las situaciones favorables, sin embargo en la adversidad no llegan a desaparecer. Ade- 480
más, vais a luchar por causas mayores que las de los judíos: pues si ellos en esta guerra se arriesgan por su libertad y por su patria, ¿qué es más importante para nosotros que la gloria y el hecho de no parecer que tenemos a los judíos por enemigos, después de haber conseguido el poder sobre todo el mundo habitado? Pensad que no existe el miedo de que nos 481
ocurra una desgracia irremediable, pues son muchos los refuerzos que están a punto de llegarnos. Podemos obtener la victoria y es preciso que nos adelantemos a las tropas en-

[177] La disciplina militar romana, tanto en la guerra como en la paz, ha sido descrita con detalle en el *excursus* sobre el ejército en III 70-109.

viadas por mi padre para que el éxito, sin compartirlo con
482 nadie, sea aún mayor. Yo, por mi parte, creo que esta es la
ocasión de juzgar a mi padre, a vosotros y a mí: a él, por si
es merecedor de los triunfos anteriores, y a nosotros, por si yo
soy digno de ser su hijo y vosotros de ser mis soldados. Mi
padre está acostumbrado a ganar y yo no soportaría presen-
483 tarme ante él, si soy derrotado. ¿Cómo no os vais a avergonzar
vosotros de ser vencidos, si vuestro general es el primero
que se enfrenta al peligro? Sabedlo bien, yo seré el prime-
ro que corra el riesgo y el primero que arremeta contra los
484 enemigos. Y vosotros no me dejéis; estad convencidos de
que Dios[178] es un aliado que da fuerza a mi ardor y estad
seguros de que nuestro triunfo será más grande que la bata-
lla que hemos librado fuera de la ciudad».

485 Cuando Tito acabó de hablar, se apoderó de sus hom-
bres un coraje divino, pero, al llegar Trajano con cuatrocien-
tos jinetes antes de entablar combate, aquellos soldados se
sintieron disgustados, como si su victoria se viera aminora-
486 da por el hecho de compartirla con estos últimos. Vespasia-
no también envió a Antonio Silón con dos mil arqueros y
les ordenó tomar el monte que estaba frente a la ciudad y así
487 rechazar a los judíos que había en la muralla. Los romanos,
según se les había encomendado, impidieron la salida a los
que intentaban salir por allí para ir en ayuda de los suyos.
Tito fue el primero que dirigió su caballo contra los enemi-
gos y, detrás de él, los demás se extendieron con grandes
gritos por la llanura a lo largo de toda la línea enemiga y de
488 esta forma parecían más numerosos. Aunque los judíos es-
taban asustados ante el ardor y el buen orden de los roma-

[178] El cruce de ideas sobre la Fortuna y Dios queda patente en esta frase puesta en boca de Tito, que invoca directamente a Dios, como motor de los acontecimientos que están sucediendo, en una concepción plenamente judía.

nos, sin embargo resistieron sus ataques durante un corto espacio de tiempo, pero, alcanzados por las jabalinas y arrastrados por la embestida de la caballería, fueron pisoteados por ella. Cuando el lugar estuvo lleno de cadáveres, los ju- 489
díos se dispersaron hacia la ciudad y cada uno de ellos huía lo más rápido que podía. Tito acosaba y mataba a los que se 490
quedaban atrás, y se abría camino a través de los que estaban agrupados; cargaba de frente contra aquellos a los que adelantaba con su caballo y, al saltar sobre ellos, destrozaba a muchos que caían amontonados los unos sobre los otros. A todos les impedía huir hacia las murallas y les obligaba a 491
volver a la llanura, hasta que gracias a su elevado número pudieron abrirse paso a la fuerza y refugiarse en la ciudad[179].

Pero dentro les sorprendió de nuevo otra dura discordia. 492
Los habitantes del lugar, debido a sus posesiones y a la propia ciudad, no habían estado de acuerdo desde el principio con la guerra y, ahora, con más razón a causa de la derrota. Sin embargo, los forasteros, que eran muchos, eran 493
más violentos[180]. En la discusión entre ambos bandos se produjo tanto griterío y alboroto que casi llegaron a hacer uso de las armas. Cuando Tito, que no estaba lejos de la 494
muralla, escuchó el tumulto, gritó: «Esta es la ocasión. ¿Por qué vamos a detenernos, compañeros, en el momento en que Dios nos entrega a los judíos[181]? Aceptad la victoria. ¿No 495
escucháis los gritos? Están discutiendo los que han escapado a nuestras manos. La ciudad es nuestra, si nos damos prisa. Además de la rapidez es preciso esfuerzo y valor, pues normalmente nada importante se lleva a cabo sin co-

[179] La intervención personal de Tito en esta batalla es relatada con algún detalle más por SUETONIO, *Tito* 4.

[180] En especial la gente que había venido de Tiberíades; cf. III 457.

[181] Cf. nota III 484.

496 rrer un riesgo[182]. No sólo debemos anticiparnos a que los enemigos hagan las paces, pues la necesidad les reconciliará rápidamente, sino también a que lleguen los refuerzos de los nuestros, para que, además de vencer unos pocos a tanta gente, nos apoderemos nosotros solos de la ciudad».

497 Nada más decir estas palabras, Tito se montó de un salto en su caballo y se dirigió hacia el lago. Lo cruzó y así fue el primero que entró en la ciudad seguido de los demás solda-
498 dos[183]. Esta osadía produjo miedo en los judíos que estaban en la muralla, y ninguno se atrevió a luchar o a hacerles frente. Algunos de los hombres de Jesús abandonaron la
499 guardia y huyeron por el campo, otros corrieron hacia el lago y se encontraron con los enemigos que venían por allí. Algunos perecieron al subir a las barcas, y otros, cuando intentaban llegar a nado junto a los que ya se habían aden-
500 trado en el lago[184]. Hubo una gran matanza entre la gente que estaba en la ciudad: tanto entre los forasteros que no tuvieron tiempo de escapar y que ofrecieron resistencia, como entre los propios habitantes del lugar que no quisieron luchar. Estos últimos se abstuvieron de entrar en combate, pues tenían la esperanza de llegar a un acuerdo y eran conscientes de
501 que no habían aprobado esta guerra. Finalmente Tito ejecutó a los culpables, pero, compadecido de la gente de la ciu-
502 dad, detuvo la matanza. Aquellos que se habían refugiado en el lago, cuando vieron que la ciudad había sido tomada, se alejaron por el agua lo más lejos posible de los enemigos.

503 Tito envió a uno de sus jinetes para que diera a su padre
504 la buena noticia de su hazaña. Como es natural, Vespasiano

---

[182] THACKERAY ve aquí una paráfrasis de la expresión sofoclea *hóra pónou toi chōrìs oudèn eutycheî, Electra* 945; cf. también III 153 y 212.

[183] Como se ha descrito en III 464, esta ciudad no tenía muralla por la parte que daba al lago de Gennesar.

[184] Se refiere a los citados en III 469.

se alegró mucho del valor y del éxito de su hijo, pues con
ello se había superado la parte más importante de la guerra.
Acudió entonces allí y ordenó montar guardia alrededor de
la ciudad, para que nadie saliera de ella sin ser visto, y eje-
cutar ***. Al día siguiente bajó al lago y mandó hacer unas 505
embarcaciones para ir en busca de los que habían huido.
Rápidamente estuvieron preparadas debido a la abundancia
de madera y al gran número de obreros.

El lago de Gennesar. El Jordán y sus fuentes

Este lago se llama Gennesar por la 506
región que le rodea[185]. Su anchura es de
cuarenta estadios y su longitud de ciento
cuarenta[186]. A pesar de ello, su agua es
dulce y muy potable. Y es más ligera que 507
el agua espesa que suele haber en los pantanos y está lim-
pia, ya que está rodeada por todas las orillas de playas y
arena. Además, al sacarla de allí, tiene una buena tempera-
tura: es más agradable que el agua de un río o de una fuente
y se mantiene siempre más fresca de lo que esperaríamos
para la extensión de este lago. Cuando esta agua se expone 508
al aire libre, como suelen hacer en verano por la noche los
habitantes de la zona, se queda tan fría como la nieve. En el
lago hay tipos de peces diferentes de los de otros lugares
por su sabor y su forma. El Jordán atraviesa por medio de 509
él. Aparentemente la fuente de este río es el Panion[187], si
bien llega hasta allí, oculto debajo de tierra, desde la fuente
llamada Fiale. Ésta se encuentra a ciento veinte estadios de 510

---

185 Cf. III 463.

186 Estas dimensiones, unos 7'5 Km de ancho por casi 26 de largo, no se corresponden con las de la actualidad, 12 por 21 Km.

187 Cf. nota a I 404. Cerca de esta fuente, en la región de Panias, el tetrarca Filipo había fundado la ciudad de Cesarea de Filipo, como se ha relatado ya en II 168.

Cesarea[188], según se sube a Traconítide, no lejos del camino, a mano derecha.
511 A Fiale se la denomina así etimológicamente por su aspecto redondo[189], pues el lago tiene forma de rueda. El agua llega siempre hasta su borde, sin que baje su nivel ni se desborde.

512 No se sabía que el Jordán nacía en este lugar, hasta que
513 lo descubrió Filipo, el tetrarca de Traconítide. Este personaje echó paja en el lago Fiale y luego la encontró en el Panion, donde los antiguos creían que estaba el origen del río.
514 La belleza natural del Panion se ha visto aumentada por la magnificencia del rey, pues Agripa lo había embellecido
515 con abundancia[190]. El Jordán empieza su curso al descubierto a partir de esta cueva[191] y atraviesa los pantanos y marjales del lago Semeconitis[192]. Luego recorre ciento veinte estadios y, después de la ciudad de Julia, cruza por el medio el lago Gennesar; desde allí desemboca en el lago Asfaltitis[193], tras haber pasado por un amplio desierto.

516 A lo largo del lago de Gennesar se extiende una región, que lleva su mismo nombre[194], digna de ver por su belleza

---

[188] Cesarea de Filipo.

[189] En griego *phiálē* significa «copa». Esta fuente ha sido identificada con la moderna Birket er-Ran, con un diámetro máximo de 628 metros y una profundidad de 60. Abel, *Géographie...*, I, págs. 161 y 489-490, niega la posibilidad de que Fiale estuviera conectada con Panion a través de una vía subterránea, como dice Josefo.

[190] Cf. III 443. El propio Herodes el Grande también había erigido un templo de mármol blanco en Panion, cerca de las fuentes del Jordán (cf. I 404).

[191] En I 405 se ha descrito esta cueva, por donde sale al exterior el río Jordán después de su curso subterráneo desde Fiale hasta Panion.

[192] Es el lago pantanoso de El-Hule, seguramente el que en *Josué* 11, 5 recibe el nombre de «aguas de Merom».

[193] Es el Mar Muerto. Josefo hará una descripción detallada en IV 476-482; cf. también nota a I 657.

[194] Es la llanura de Gennesar, al occidente del lago, una zona actualmente llamada Ghuweir.

natural. A causa de su fertilidad esta tierra no rechaza ninguna planta, y los agricultores cultivan en ella de todo, pues la temperatura suave del aire es apropiada para diversas especies. Los nogales, que son, más bien, árboles de climas 517
fríos, florecen aquí en abundancia. Y junto a ellos también germinan las palmeras, que crecen en zonas calurosas, y las higueras y los olivos, que requieren un aire más templado. Podríamos hablar de un orgullo de la naturaleza, que se ha 518
esforzado por unir en un solo lugar especies tan contrarias, y de una hermosa competencia de las estaciones, donde cada una de ellas parece aspirar a imponerse en esta tierra. Pues esta región no sólo produce los frutos más diversos, en contra de lo que se esperaría, sino que también los conserva. Durante diez meses sin interrupción suministra los conside- 519
rados reyes de todos los frutos, es decir, las uvas y los higos, mientras que el resto de los productos maduran a lo largo de todo el año. Además de la buena temperatura del aire, la zona está regada por una fuente[195] muy caudalosa, que la gente de allí llama Cafarnaún[196]. Algunos creían que 520
ésta era una rama del Nilo, pues en ella se cría un pez parecido al corvino[197] del lago de Alejandría. Esta región se ex- 521
tiende por la orilla del lago que lleva su mismo nombre con una longitud de treinta estadios y con una anchura de veinte. Ésta es la naturaleza del lugar.

---

[195] La actual Ain Et-Tabigha, conocida en época bizantina como *Heptapegon*, «siete fuentes», a 3 kilómetros al sur de Cafarnaún, en la orilla del lago de Gennesar.

[196] Esta *Kephar Nahum* o «Aldea de Nahum», ha sido identificada con Tell Hum; cf. ABEL, *Géographie...*, II, págs. 292-293.

[197] Es el *Claris lacera,* que se hallaba en el lago de Gennesar y en la laguna Mareótide (o lago de Alejandría).

Combate naval en el lago de Gennesar. Final de los judíos de Tariquea

522 Una vez preparadas las embarcaciones[198], Vespasiano hizo subir a ellas a todas las tropas que le parecieron suficientes para hacer frente a los judíos del lago y salió a su encuentro. Los enemigos, acosados de esta forma, no podían huir a tierra, pues toda ella estaba en manos de sus adversarios, ni
523 sostener un combate naval en igualdad de condiciones. Sus barcas, pequeñas y aptas para la piratería, no servían para enfrentarse a las naves romanas. Además, como iban en cada una de ellas pocos judíos, temían acercarse a los romanos
524 que venían en grupos numerosos. Sin embargo, cuando navegaban alrededor de las naves, en ocasiones se aproximaban a ellas, tiraban desde lejos piedras contra los romanos y, al rozar sus embarcaciones con ellos, los golpeaban de cer-
525 ca. No obstante, en ambos casos los judíos eran los que peor lo tenían: con las piedras no hacían más que un incesante ruido, ya que daban contra las armaduras de los romanos, y se convertían en blanco fácil para sus flechas. Cuando se atrevían a acercarse, antes de que ellos pudieran hacer nada,
526 eran heridos y hundidos junto con sus barcas. Los romanos mataron con sus lanzas a muchos de los que intentaban abrirse paso entre ellos, a otros con sus espadas, al saltar al interior de sus barcas, y a otros, atrapados en medio de las naves romanas que los rodeaban, los cogieron junto con sus
527 embarcaciones. Si alguno de los que había caído al agua sacaba la cabeza, enseguida le alcanzaba una flecha o le cogía una nave; y si alguno, al verse sin salida, intentaba subirse a las barcas enemigas, los romanos le cortaban la cabeza o las
528 manos. Fue muy grande y muy diversa la matanza que se produjo en todos los lugares, hasta que, finalmente, los que

[198] Cf. III 505.

quedaban, cuando ya los enemigos rodearon sus balsas, se vieron obligados a huir a tierra. Un gran número de judíos 529
pereció en el lago bajo las lanzas enemigas, al arrojarse al agua, y los romanos también ejecutaron a muchos de ellos que habían saltado a tierra. Se podía ver todo el lago cubierto de sangre y lleno de cadáveres, pues nadie pudo escapar.
En los días siguientes se extendió por la región un hedor y 530
un panorama terribles. Las costas estaban llenas de restos de naufragios y también de cadáveres hinchados. Los muertos, descompuestos por el calor y en estado de putrefacción, corrompían el aire, de modo que esta catástrofe no sólo daba pena a los judíos, sino que también hizo que la aborrecieran sus propios autores. Éste fue el resultado de la batalla na- 531
val[199]: hubo seis mil setecientas bajas, además de los que habían caído antes en la ciudad.

Después de la batalla, Vespasiano formó un tribunal en 532
Tariquea. Hizo distinción entre los habitantes del lugar y los forasteros, pues parecía que estos últimos habían iniciado la guerra, y consultó con sus oficiales si también debía perdonarlos. Ellos le dijeron que sería peligroso dejarlos absuel- 533
tos, pues al verse libres estos individuos, que carecían de patria, no se quedarían quietos, sino que serían capaces de obligar a entrar en guerra a aquellos que les dieran refugio.
Vespasiano sabía que no merecían salvarse y que, si fueran 534
perdonados, se volverían contra sus propios libertadores, pero dudaba sobre la forma en que les iba a matar. Pues sos- 535
pechaba que, si los ejecutaba allí mismo, se ganaría la enemistad de la población del lugar, dado que no permitirían que en su tierra se produjera una matanza de tanta gente que

[199] Este triunfo naval fue conmemorado en la procesión triunfal de los Flavios en Roma en el año 71 d. C., tras la victoria en Judea; cf. VII 147. Asimismo, Reinach, en su comentario, apunta el dato de que se acuñaron monedas de bronce de Vespasiano y Tito con la leyenda *Victoria navalis*.

había acudido a ellos en petición de ayuda. Además, él no aceptaba atacarles en su retirada, después de haberles dado
536 su palabra[200]. Sin embargo, se impusieron sus amigos, que decían que no era ninguna impiedad ir contra los judíos y que había que preferir lo útil antes que lo conveniente, cuan-
537 do no era posible optar por estos dos valores a la vez. Vespasiano les prometió unas garantías poco claras, y les permitió salir solamente por el camino que lleva hasta Tiberíades.
538 Los judíos inmediatamente confiaron en aquello que tanto deseaban y partieron con sus riquezas al descubierto por donde les habían mandado, pues estaban convencidos de su seguridad. Los romanos ocuparon todo el camino hasta Tiberíades, para que ninguno se saliera de él, y los encerraron
539 en la ciudad. Acudió allí Vespasiano y los puso a todos en el estadio[201]. Ordenó ejecutar a los ancianos y a los inútiles,
540 mil doscientas personas. Escogió a los seis mil jóvenes más fuertes y se los envió a Nerón para que trabajasen en el Istmo[202]. Al resto, un total de treinta mil cuatrocientos, los
541 vendió como esclavos, excepto los que regaló a Agripa. A éste último le permitió que hiciera lo que quisiera con la gente de su reino. Pero el rey Agripa también los vendió co-
542 mo esclavos. Los demás eran de la Traconítide, Gaulanítide, Hipo y Gadara, en su mayor parte rebeldes y fugitivos, cuyos ultrajes de la paz eran una preparación para la guerra.

---

[200] Cf. III 456-457.

[201] Este estadio ha sido mencionado en II 618 y, como dijimos en nota a I 415, este tipo de construcciones evidencia el grado de desarrollo que alcanzaron en Palestina las competiciones atléticas griegas.

[202] SUETONIO, *Nerón* 19, refiere esta ingente obra del emperador Nerón para intentar abrir un canal en el Istmo de Corinto. Los *Oráculos Sibilinos* V 28-35, 138ss. y 216 ss. aluden también a esta actividad como una de las fechorías de Nerón contra el pueblo judío, ya que se utilizó como mano de obra a prisioneros de la guerra de Palestina.

Estos judíos fueron capturados el octavo día del mes de Gorpieo[203].

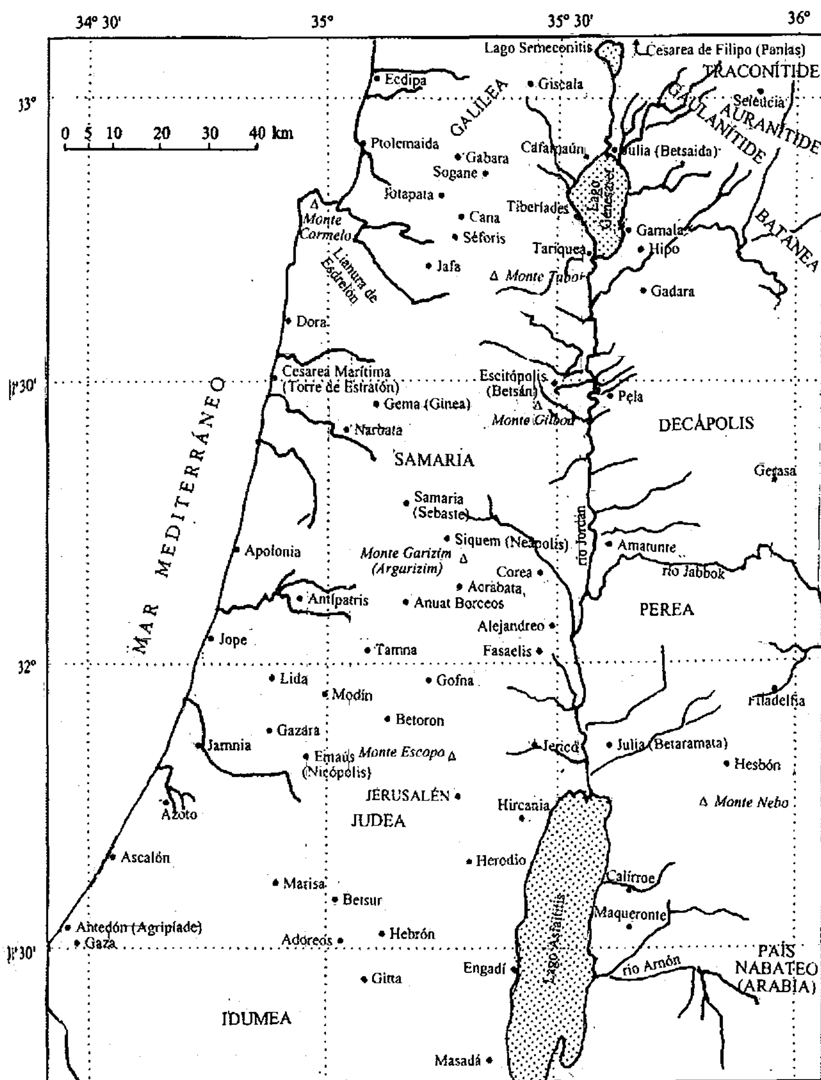
---

[203] Según el cálculo que presenta NIESE en su edición, esta fecha se corresponde con el 26 de septiembre del año 67 d. C. Sobre el mes de Gorpieo, vid. nota a II 440.

ÍNDICE DE NOMBRES *

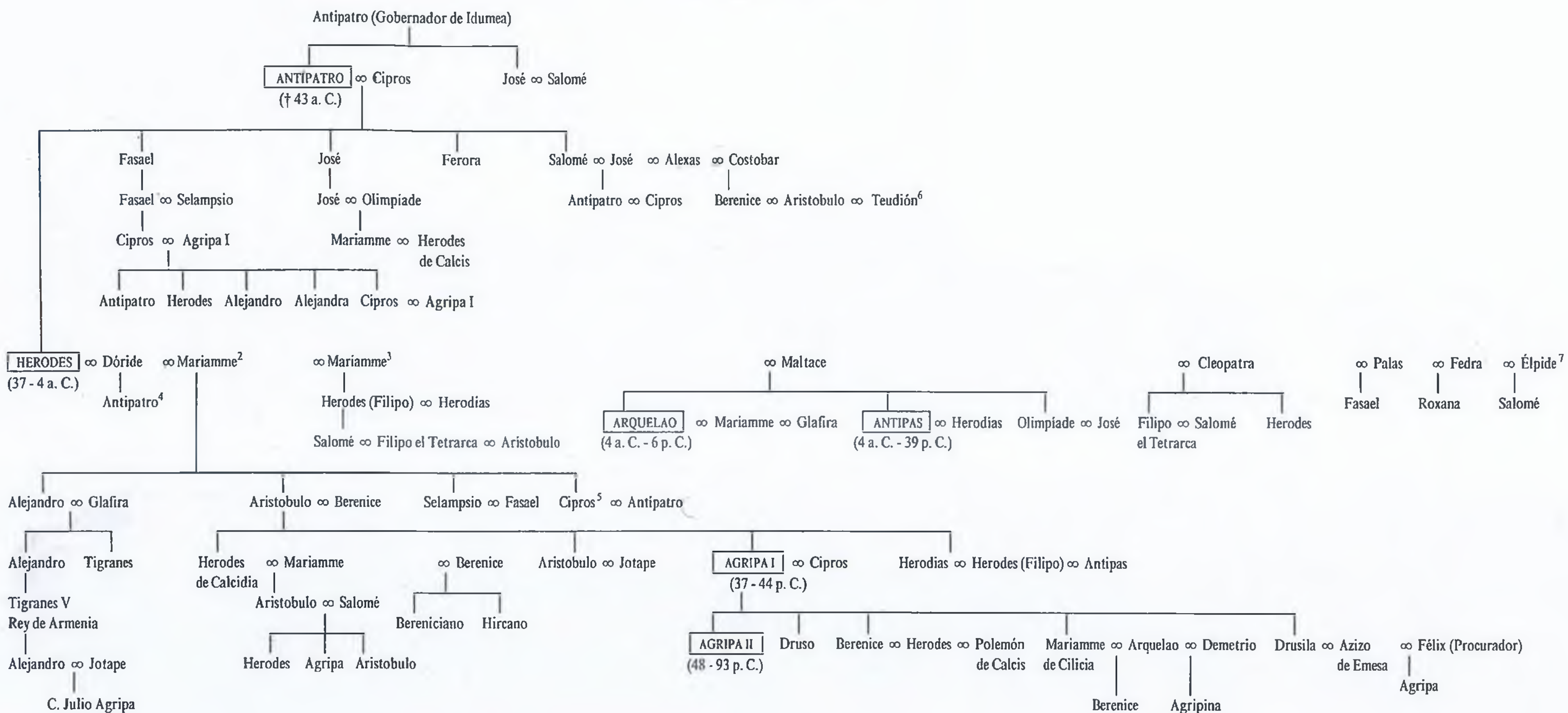
* En este índice no sólo se han incluido los nombres propios de persona o de lugar, sino también las personificaciones, los gentilicios y aquellos términos más destacados desde el punto de vista institucional, histórico y religioso.

APÉNDICE



Palestina en el siglo I d. C.

LA FAMILIA[1] DE HERODES



[1] Los datos de este cuadro genealógico proceden del propio relato de Flavio Josefo (*Guerra* I 181, 562-563, II 220-222 y *Antigüedades* XIV 121, XVII 19-22 y XVIII 130-142) y de la obra de A. Schalit, *König Herodes und sein Werk*, Berlin 1969.

[2] Mariamme la Asmonea, hija de Alejandro y Alejandra, descendientes ambos de Aristobulo II e Hircano II respectivamente, *vid.* el cuadro de la dinastía de los Asmoneos

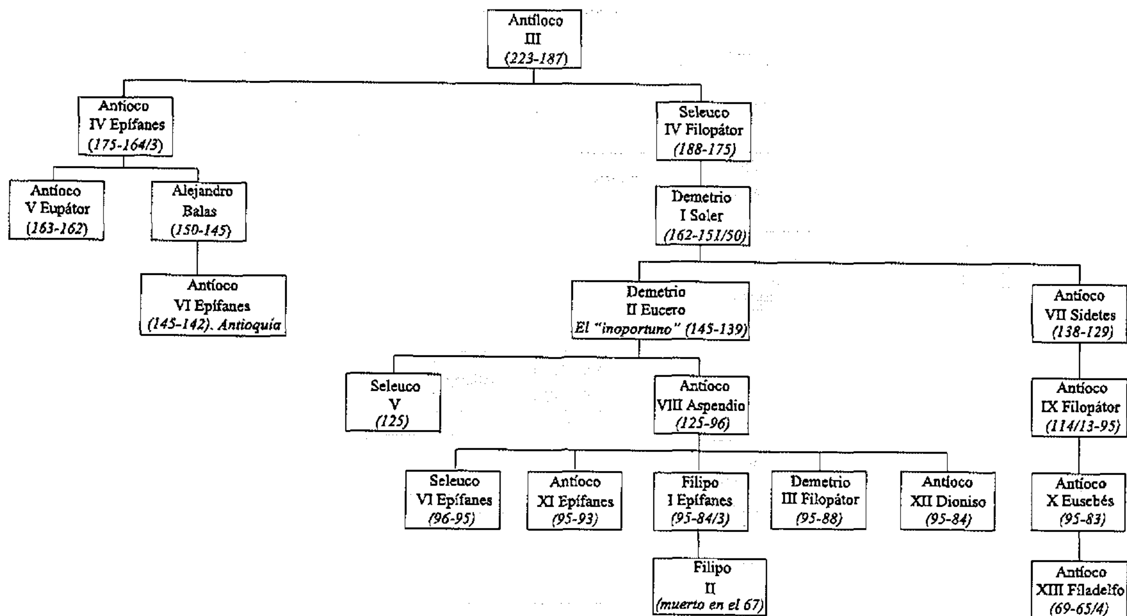
[3] Hija de Simón, el sumo sacerdote.

[4] Estaba casado con una hija, cuyo nombre desconocemos, de Antigono, descendiente de Aristobulo II; *vid.* el cuadro de la dinastía de los Asmoneos.

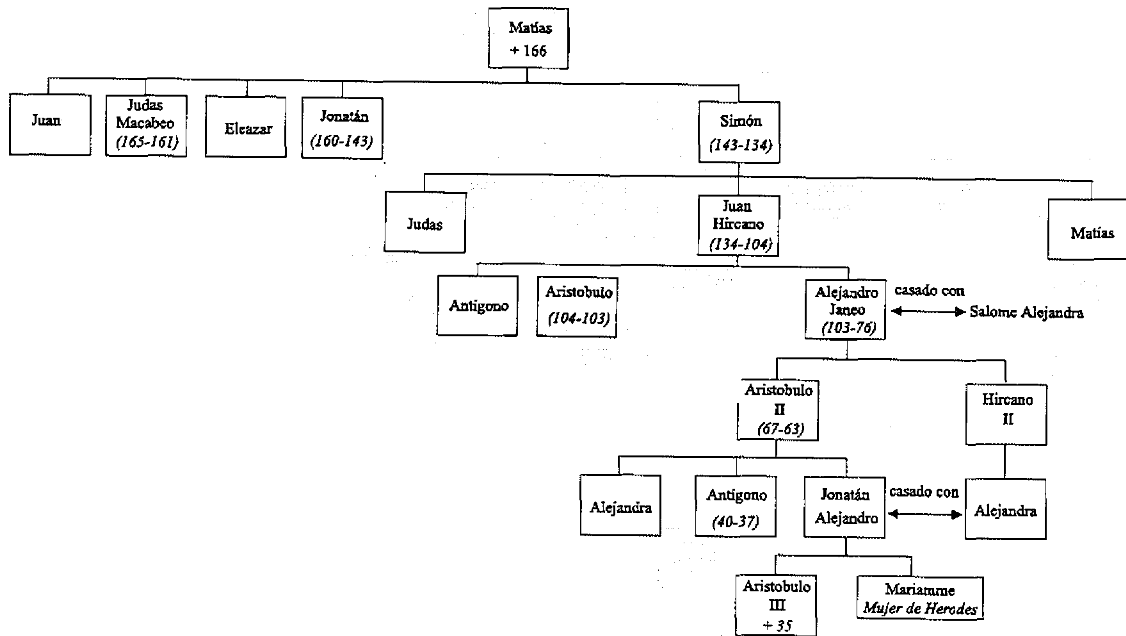
[5] Además de estos hijos Mariamme tuvo otro varón, del que sólo sabemos que murió joven en Roma.

[6] Es el hermano de Dóride, la primera mujer de Herodes.

[7] A esta serie se añaden otras dos mujeres de Herodes, de las que no tenemos noticias de sus nombres.



Dinastía de los Seléucidas
(a partir de Antíoco III)



Dinastía de los Asmoneos

ÍNDICE GENERAL